

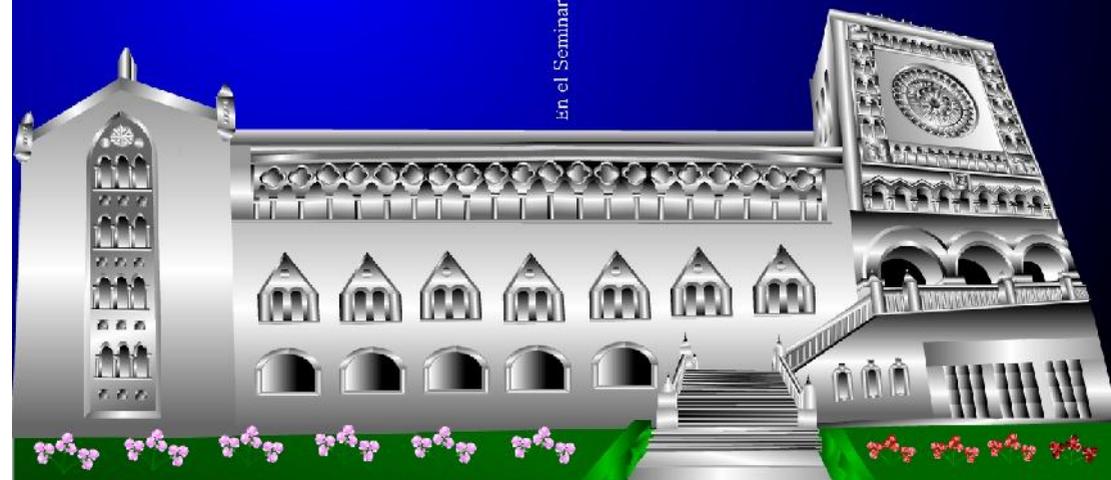
GERTELA

En el Seminario Quintín García Muñoz

EN EL SEMINARIO

Quintín García Muñoz

Prólogo de Francisco Javier Aguirre



Si deseas aportar alguna
fotografía, puedes remitirla a
orbisalbum@gmail.com

EN EL SEMINARIO

Los textos pertenecen al autor y al editor del libro. No está permitida su copia por ningún sistema industrial sin la autorización de los mismos. Sus derechos están protegidos por la **LEY DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL**.

© LIBROS CERTEZA, 2017, para la presente edición

© Quintín García Muñoz, 2017, para el texto y las ilustraciones

© Francisco Javier Aguirre, 2017, para el Prólogo

Edita: LIBROS CERTEZA

Parque, 41-43

50007 ZARAGOZA

Tel. 976 27 29 07

Fax 976 25 18 80

E-mail: certeza@certeza.com

ISBN:

Dep. Legal:

Imprime:

QUINTÍN GARCÍA MUÑOZ

EN EL SEMINARIO

Prólogo de Francisco Javier Aguirre

PRÓLOGO

Al acabar la guerra civil se produjo en España un hecho relevante desde el punto de vista sociológico: el crecimiento de la religiosidad, bien fuera sincera o simplemente acomodaticia, incluso oportunista. Ello llevó aparejado un incremento notable de las vocaciones a la vida sacerdotal y conventual, esta última tanto en su versión masculina como femenina.

El síndrome afectó a todo el territorio nacional y en particular a las provincias vascongadas, Navarra y las regiones de la España interior, donde las costumbres tenían un sesgo más tradicional. Ello condujo a seminarios y aspirantados religiosos a multitud de adolescentes que ingresaron con el objetivo de convertirse en sacerdotes o frailes. En algunos casos se trataba de auténticas vocaciones a la vida consagrada y en otros de una fórmula para que los niños –más que las niñas– de origen humilde pudieran estudiar.

El fenómeno duró aproximadamente tres décadas. A partir de 1970 disminuyó paulatinamente el número de ingresos en seminarios y noviciados religiosos con ánimo de profesión; al finalizar la dictadura, en 1975, se produjo una reinversión del fenómeno, que no solo afectó a la falta de vocaciones sino que se amplió con la deserción de muchos clérigos y religiosos que abandonaron, a veces en

desbandada, la vida eclesiástica o la congregación a la que pertenecían.

Dentro de esas coordenadas se desarrolla la narración de Quintín García Muñoz, el autor de esta breve memoria de la etapa infantil y juvenil de su vida. Nuestro protagonista ingresó en el Seminario de Zaragoza en 1966 y en él se mantuvo hasta 1973.

Nacido en Madrid en 1955, pero criado en Zuera en el seno una familia de tradición cristiana, mantuvo un intenso contacto con el ambiente eclesiástico del pueblo, oficiando primero de monaguillo en la parroquia de San Pedro, para seguidamente incorporarse al Seminario Menor, donde realizó los estudios habituales en esos centros bajo la tutela de diversos profesores a quienes va citando, en general de forma positiva.

Los recuerdos de esa experiencia, y algunas consideraciones marginales, los ha plasmado en las páginas del libro. A través de ellas pueden seguirse las alternativas y las peripecias de un niño de sentimientos piadosos, aunque interesado básicamente en los deportes, sin descuidar los estudios. Hay un halo de sinceridad en todo el texto, un cierto aire de neutralidad notarial, sin utilizar artificios ni añadir argumentos a favor o en contra de las prácticas y los sentimientos religiosos del momento.

En el ambiente que se describe, y en las peripecias que se narran, podrán encontrar un cierto autorretrato buen número de varones españoles

mayores de 60 años, e incluso más jóvenes. El fondo de la cuestión suele ser coincidente, aunque varíen los detalles. El interés del libro, al margen de las anécdotas, reside también en la deriva que el autor sufre tras su salida del Seminario. En esto ya no habrá tanta uniformidad, porque una parte de quienes abandonaron la vida religiosa hace treinta o cuarenta años desertaron de manera drástica de sus creencias y de sus inquietudes espirituales.

No ha sido el caso de Quintín García Muñoz. El último capítulo y los apéndices del libro dan buena muestra de ello. A partir de su retorno a la vida civil, se produjo una evolución progresiva de carácter autónomo que le ha conducido hacia nuevos horizontes de carácter trascendente. Alejado de la Iglesia oficial, cuyas enseñanzas no le habían aportado claridad alguna en su búsqueda, realizó estudios y experiencias personales que le han llevado por veredas poco transitadas, sin renunciar por ello a una vida que pudiéramos llamar normal, con un trabajo estable, una residencia fija y una familia consolidada.

El último capítulo está dedicado precisamente a bosquejar esa trayectoria, que el autor ha desarrollado con mayor amplitud y profundidad en varios de los textos que figuran en su bibliografía. Incluso en sus escritos de carácter predominantemente narrativo, en particular en la trilogía aventurera que se reúne bajo el título de ‘Viaje al corazón’, hay siempre una deriva

que delata sus búsquedas y sus experiencias más allá de lo ordinario.

También he de mencionar, en esta misma línea, la existencia de una revista trimestral titulada NIVEL 2, que comenzó a publicarse en febrero de 2015 y ha alcanzado su nº 10 a comienzos de este año. Está dedicada a la divulgación de la sabiduría del Maestro Tibetano y de un destacado experto en el mundo espiritual llamado Vicente Beltrán Anglada, ya fallecido. Dirigida por Quintín García Muñoz, cuenta con la colaboración de algunas personas interesadas por la espiritualidad en su sentido más amplio y aconfesional. Se distribuye gratuitamente.

Las páginas que siguen están escritas sin pretensión alguna, como un ejercicio de memoria sincera, como un tributo agradecido a quienes contribuyeron a su formación y como un saludo amistoso a sus compañeros del Seminario, con algunos de los cuales mantiene contacto al cabo de varias décadas.

El texto se convierte así en una aportación a la memoria colectiva de varias generaciones de varones españoles nacidos predominantemente en el seno de familias humildes de la España profunda durante las décadas posteriores a la guerra civil.

Francisco Javier Aguirre

Intenciones

Muchos días paseo desde mi casa hasta el Seminario. Cuando me acerco al edificio dejo de pensar en asuntos cotidianos e intento recordar los siete años que pasé en él. Y a pesar de los momentos difíciles que como en cualquier fase de la vida acontecen, tengo un gratísimo recuerdo de aquellos años de infancia y juventud.

Este pequeño librito no tiene grandes pretensiones. Ya han pasado diecisiete años desde que escribí mi primera novela y no soy aquel insensato, atrevido e inocente joven que creía que iba a ser famoso con su primer libro.

Ahora, lo que deseo fervientemente es recordar aquellos años de infancia, juventud y transición hacia la madurez sumergidos en la religión y el misticismo, así como agradecer profundamente a todos aquellos profesores y educadores que contribuyeron a que unos niños llegasen a ser relativamente cultos y útiles a la sociedad.

Está claro que la religión ha caído en total descrédito, y en muchas ocasiones con razón. Pero si a lo largo de mi estancia en el Seminario y en mi pueblo conocí a treinta o cuarenta sacerdotes, debo decir que sólo hubo uno al que por la causa que fuese, que realmente no la sé, le caí mal. Creo que siempre fui un niño afortunado y que entraba en sintonía con los pro-

fesores. Todos los demás me ayudaron, al igual que a miles de niños, a transitar con cierto éxito las etapas duras de la vida.

No sé a cuántos de ellos me dejaré en el tintero, como se decía antiguamente, pero mi corazón se siente inmensamente agradecido, de la misma forma que con todos mis compañeros, aquellos niños que comenzaron al mismo tiempo la adolescencia y el inicio de la juventud.

Don Francisco Tejeda, don Plácido, don José María, don Tomás, don Luis María, don Jacinto, don Esteban, don Gonzalo, el Padrecito... don Antonio, don Eugenio, don Alfonso, el padre Enrique, el padre Sergio, mosén Ceferín.

A todos ellos y a cuantos están un poco más ocultos en mi frágil memoria, mi más profundo agradecimiento.

Sería estupendo que todos ellos hubiesen podido comprobar el resultado de su trabajo educativo en cientos de niños. Seguro que en numerosas ocasiones les causamos hondas decepciones y amargos sinsabores.

1. Salir del pueblo

Mi pueblo, Zuera, tenía cinco mil habitantes, distaba de Zaragoza veinticinco kilómetros, y había en total unos diez automóviles, quizás menos. El taxi en el que fuimos cuatro o cinco niños de diez años a examinarnos al Instituto Goya para superar la prueba de ingreso al bachillerato era un Renault 4 y alcanzaba cerca de noventa kilómetros por hora a la altura del Aliagar, toda una aventura. El autobús de la Oscense apenas cogía los 70 Km. por hora y tardaba cerca de tres cuartos. Eso sí, al regreso siempre se llegaba, según el conductor, a la hora de comer o a la hora de cenar con puntualidad absoluta, cuarto de hora más, cuarto de hora menos.

Ir a estudiar al Seminario de Zaragoza debía ser el equivalente en aquellos tiempos a viajar al extranjero. Aunque el viaje durase dos horas o dos horas y media, había que tener en cuenta la nula capacidad económica de una familia corriente. Salvo tres o cuatro niños privilegiados económicamente y otros dos o tres que habían brillado intelectualmente consiguiendo una beca del Estado, los demás apenas teníamos recursos para poder subsistir. Escasamente se tenían dos o tres pantalones. Uno para ir al colegio y otro para los domingos. Las meriendas eran de pan

con aceite o pan con vino, y la mayoría de los días se compraba de prestado en las tiendas del pueblo.

Decididamente, salir a estudiar a Zaragoza resultaba por aquel entonces algo tan extraordinario como si uno de nuestros universitarios actuales se fuese a Oxford o Cambridge.

Era algo que estaba al alcance de muy pocos niños, dos, tres, cuatro a lo sumo cada año. No muchos más teniendo en cuenta que podía haber en el pueblo cinco o seis familias verdaderamente ricas y suponiendo que cada una de ellas tuviese un hijo cada dos o tres años.

Todos los demás muchachos terminaban la escuela a los catorce años y su destino era ser albañiles o agricultores, que con la creación de un polígono industrial, se convirtieron en operarios de la empresa de madera y posteriormente de hormigón prefabricado, y también de alguna industria más.

Seis o siete años más tarde, la riqueza de los trabajadores aumentó, también los Seat 600, los Seat 850, los Simca, los Renault y todo fue más fácil, si es que se puede decir que la vida es simple y confortable. Como todos sabemos bastante bien... la vida es bella y terrible a la vez, y el dolor y la alegría son la cara de la misma moneda: la existencia en la Tierra.



2. Vida cultural del pueblo

Cuando cumplí siete años, mi madre, una mujer mística, devota de todos los santos y del Sagrado Corazón de Jesús, me acompañó hasta la iglesia de San Pedro, a escasos cien metros de la casa en que vivíamos de alquiler, regaló un roquete y me presentó a don Antonio, el arcipreste de Zuera.

La gigantesca sacristía, los lienzos enormes, la escalera del campanario, la casa del señor cura, la sala frente a la sacristía llena de amenazadoras figuras cubiertas de polvo, el coro con el gigantesco órgano, los retablos entre sombras... todo me infundía un enorme respeto y temor, aunque también me generaba la lógica atracción por lo desconocido.

Paralelamente, gracias al buen entendimiento entre los jóvenes del pueblo y el coadjutor, don Eugenio y luego don Alfonso, se fundó el club de la juventud, que era donde nos recogíamos muchos niños para jugar al fútbolín, especialmente, y a algunos juegos de mesa. Se hicieron varios grupos de scouts. Recuerdo que yo pertenecía a *La ardilla* y que desarrollamos muchas actividades. En la plaza de España había otro club juvenil donde jugaban al ajedrez, al que asistí en pocas ocasiones.

Si a este ambiente cultural se añade que había

pasado por el colegio de Las Monjas, y que todavía recordaba a la hermanas Pascuala y Esperanza, se puede decir que la educación religiosa estimulaba mi esencia mística.

En las escuelas tuve a un extraordinario maestro, don Mariano Corral. Durante un tiempo fui uno de los alumnos favoritos, pero creo que sintió cierta decepción cuando en una apuesta tonta, sin ningún beneficio de por medio, conseguí sonarme la nariz cinco veces seguidas tan estruendosamente que el hombre se vio obligado a darme una buena y merecida somanta de cachetes. Era mi último curso; luego pasé a la academia de don Antonio y don Alejandro. Al segundo día de clase ya llevé a casa un moratón en la parte inferior del brazo, seguro que también merecido. La verdad es que de vez en cuando había que ponerme firme, de lo contrario tenía la facultad de hacer algún arcijo, como decían en mi pueblo.

En los tres primeros años de monaguillo, lo que más recuerdo es que además de las misas que me tocaban por turno, voluntariamente iba a misa de las siete, que luego cambiaron de horario a las ocho. Un día caí enfermo en la misa matutina, y las hermanas del cura me llevaron a casa. Tenía las fiebres tifoideas; probablemente tendría relación con ir a buscar la leche a una de las vaquerías.

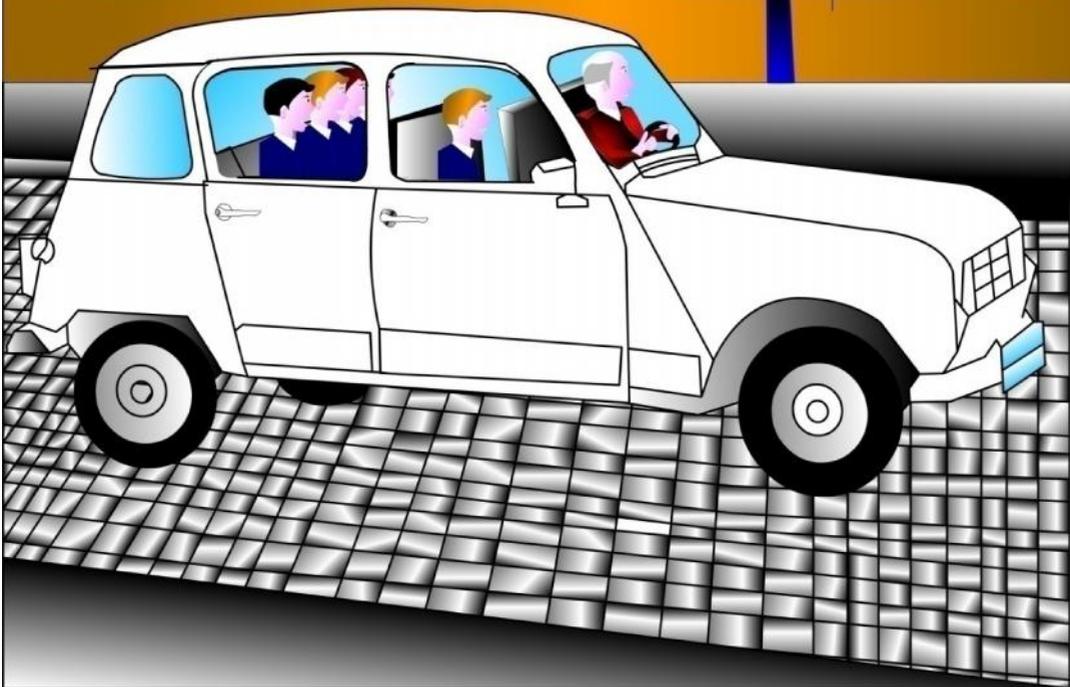
Había tres seminaristas en el pueblo, y me animé a decir en casa que yo también quería ir al Seminario.

Imagino que mis padres sentirían algo extraño y contradictorio. Por un lado, la tristeza ocasionada por la posible separación de un hijo, y por otro lado la alegría de pensar que iba a estudiar algo especial, aunque realmente no tenían dinero para pagar el internado. En el pueblo se podía estudiar el bachiller en una academia y posteriormente examinarse a final de curso en el instituto Goya.

Recuerdo claramente y con profundo agradecimiento el día anterior a ir a los cursillos. Don Antonio entregó quinientas pesetas en un sobre a mi padre. El dinero que costaban los quince días.



A ZARAGOZA
25 KILÓMETROS



3. Primer contacto con el Seminario

Un día de mitad de Junio, mis padres y yo subimos al autobús de *La Oscense* cargados con una maleta y un almohadón. Se habían confundido al leer el material que era obligatorio llevar: funda de almohada, cubierta y sábanas

Llegamos a la ciudad, anduvimos hasta la parada del autobús urbano que iba al barrio Oliver. La avenida Gómez Laguna no debía ser ni un proyecto. Y el autobús se internaba por un camino entre cañaverales hasta llegar a los campos de fútbol. Junto a la portería de fútbol estaba la parada.

Nos dirigimos a la puerta principal, preguntamos al recepcionista y nos guió hasta una sala de estar. Más bien consistía en un enorme pasillo cuyos ventanales daban a uno de los cuatro jardines interiores. No recuerdo el sacerdote que nos recibió, tal vez don Gonzalo, pero sí estoy seguro de que nos condujo a uno de los enormes dormitorios.

Ahora me imagino el sufrimiento de mi madre al ver que me quedaría allí. Debió de ser muy duro regresar a casa y ver la habitación de su niño vacía. Mi hermana apenas tenía cinco años, y mi padre trabajaba diez y doce horas diarias, incluidos los sábados.

No hizo falta que me hicieran la cama, ya la haría yo antes de acostarme, dijo el cura. Acompañé a

mis padres a la parada del autobús. A la vuelta ya había un niño jugando al fútbol. Subí corriendo al dormitorio, me puse los maripis (zapatillas) y bajé a jugar con un balón de reglamento, algo maravilloso que apenas se veía en el pueblo. El alumno de cara regordeta, pecotosa y muy coloradota se llamaba Miguel, de Orcajo, y lo que era más duro para mí, corría tanto como yo.

Antes de entrar al internado pensaba que sería el más inteligente y el mejor deportista de todos los alumnos, pero aquello ya no era el pueblo. Allí había muchos niños y como norma general muy inteligentes y con ganas de estudiar. Por el contrario, yo caminaba un poco en declive. Había sido brillante en un colegio de monjas y posteriormente en las escuelas públicas, consiguiendo sólo un aprobado rapado en el ingreso. Mi verdadera nota iba a ser un bien, un seis, tendiendo a siete.

A lo largo de la vida parecía que lo mío sería más o menos cumplir y pasármelo bien jugando al fútbol, o haciendo alguna que otra travesura.

Creo que me esforzaba si sentía recompensa y placer por el trabajo, pero si el esfuerzo era excesivo, entonces... buscaba algo alternativo.

Era apasionado con todo aquello que me reportaba gratificación.



4. Cursillo

Me pregunto cómo puede ser que sólo recuerde de mis primeros quince días de estancia en el Seminario una cosa.

Después de cenar, salíamos los ciento veinte niños, y sentados en la escalera de la derecha, según se mira la fachada principal, don Gonzalo nos enseñaba a cantar algunas canciones... Debajo de un botón... tón... tón... etc. Pero ahora creo que los ciento veinte niños no podíamos estar a la vez en esas escaleras, así que supongo que nos dividían en varios grupos.

Aquel cursillo marcó el cénit de las entradas de seminaristas. Parece ser que fuimos ciento veinte candidatos para cien plazas. Dos clases de primero de bachiller. Al año siguiente apenas si solicitaron la entrada al Seminario cuarenta alumnos. Por alguna causa que no sé, en mi memoria está almacenado que salimos el día de San Pedro y San Pablo.

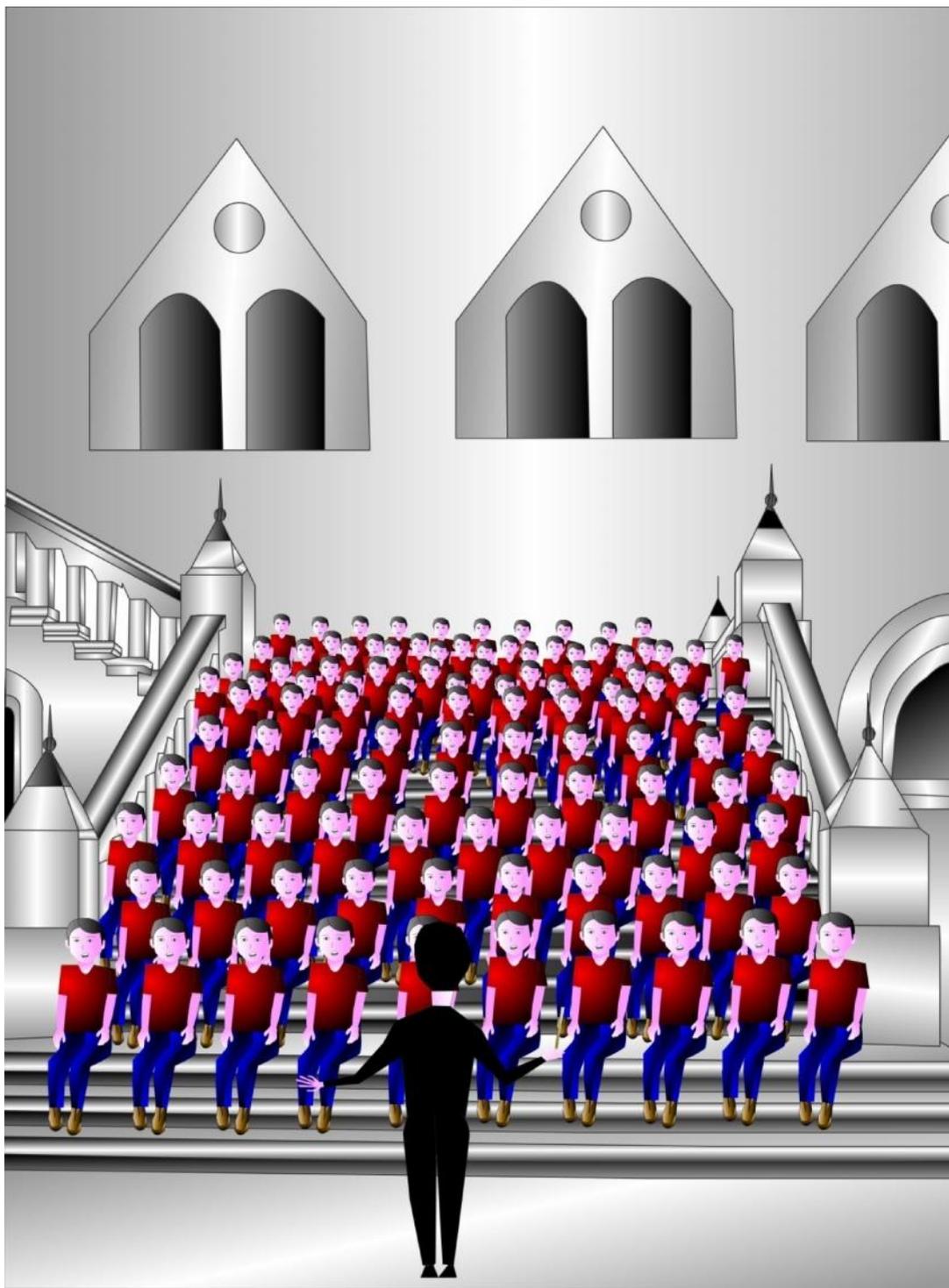
Durante el verano ya me sentía seminarista. Pasadas las fiestas del Pilar comenzaría el curso escolar, y junto a mis colegas que habían accedido ya a segundo curso y a tercero, nos iríamos a bañar a las piscinas de los Padres Pasionistas, más allá de la estación de tren de Zuera.

Aquel verano me sentí feliz e importante. Era seminarista, y las vecinas me lo recordaban de vez en cuando. Supongo que me pondría colorado y henchido de cierto orgullo.

Subimos en muchas ocasiones al colegio San Gabriel. Quizás fue ese año, o tal vez al año siguiente cuando el padre Sergio, valenciano –perteneciente a una familia acomodada– nos mostró sus pinturas al óleo. Con él fui a una casa situada a las afueras del pueblo, y vi por primera vez un cadáver.

Admiraba al padre Sergio. Parecía ser una persona extremadamente culta y sensata. Creo que el hecho de verle delante del lienzo infundió en mi subconsciente el deseo de pintar.

Todavía nos dio tiempo a hacer alguna que otra travesura por el río Gállego, y Octubre llegó con enorme alborozo por mi parte.



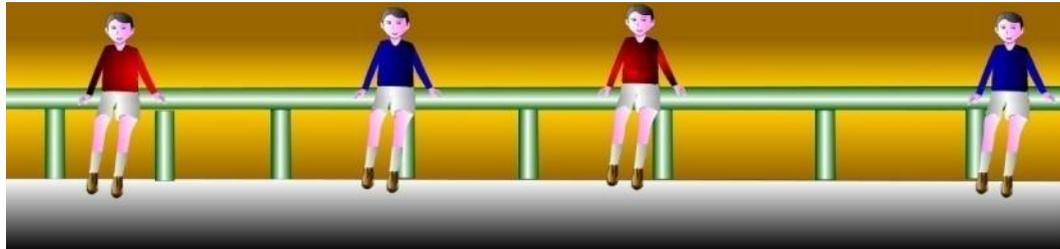
5. Irresponsable

El extraordinario esfuerzo que suponía para mis padres que yo pudiese ir al Seminario y el conocimiento que de ello tenía, no supuso impedimento alguno para mi primer y clamoroso despilfarro pecuniario.

Aproximadamente donde iba a construirse el *Clínico*, instalaron las ferias durante el Pilar. Quizás no me había montado nunca en los autos de choque, así que me subí. Cada viaje valía un duro, cinco pesetas, que era el presupuesto que tenía asignado para cada una de las semanas de los próximos dos meses de internado hasta las vacaciones de Navidad. Me subí una, dos, tres veces... y el dinero me quemaba en el bolsillo. Continué con la cuarta, quinta, sexta... y la boca se me estaba secando al saber que estaba cometiendo una falta grave. Una vez más y ya está —me dije—... pero no. Continué hasta que no me quedó nada de los veinte duros.

Tuve que escribir a casa para que me enviaran otras cien pesetas, que seguramente mi madre debería pedir prestadas a alguna vecina.

¡Era un brillante comienzo, lleno de responsabilidad! La primera vez que tenía tanto dinero y me lo gastaba en un abrir y cerrar de ojos. La pasión por la sensación de ir en un auto de choque me había vencido.



6. Don Jacinto

Don Jacinto era el profesor de Latín y Gramática Española. Nos ponía a todos los alumnos de pie formando un semicírculo. Imagino que el primer día nos colocaría por orden alfabético y al segundo o tercer día comenzó a preguntarnos la primera declinación que debíamos tener aprendida de memoria.

El primero empezaba con *rosa* y el segundo, cuando el dedo de don Jacinto le señalaba, debía continuar con *rosae*, etc.

El que fallaba se iba al último puesto. Al principio nos hacía gracia, pero en algún momento debió pensar que le estábamos tomando a broma, y el que no decía la respuesta correcta recibía un capón con una especie de efecto que te dejaba la cabeza picándote durante un rato.

Y me llegó el turno a mí. Capón y al último puesto.

Me propuse que no recibiría más “premios” de aquella especie. Parece ser que estudié antes de un examen y saqué un diez. También hubo examen de Gramática y volví a sacar un diez. Aquellos resultados me espolearon y terminé el curso con dos sobresalientes. Aquel capón fue extraordinariamente positivo para mí. Hace unos años hablé con un condiscípulo; a él le había causado cierto trauma y tuvo que ir a un

psicólogo.

Aquellos rapapolvos eran normales entonces. En la escuela del pueblo, don Agustín nos hacía poner los dedos en punta y nos daba un golpe con la regla. En la academia, don Antonio nos daba de vez en cuando algún tortazo. Y si se lo decíamos a nuestros padres, reforzaban, como norma general, la actitud de los maestros y profesores. En mi caso, estaba claro que cierta dosis de disciplina consiguió hacerme estudiar y trabajar más.

Rosa
Rosae
Rosae
Rosam
Rosa
Rosa



Fotografía aportada por Antonio Callén Mora.
¡Qué gran recuerdo!



7. En el dormitorio

Si en el internado había algo realmente distinto a la vida familiar, sin duda alguna era el dormitorio. Era una sala interminable, teniendo sobre todo en cuenta nuestro tamaño y la percepción de unos niños de diez años. Estaba dividido a lo largo por dos tabiques. En el centro había un pasillo hasta los cuartos de baño y dos hileras de camas a cada lado de las paredes centrales. La parte exterior de los tabiques, la cara que daba a las ventanas, tenía cada una otra fila de camas. Cada curso tenía su dormitorio y sus baños. Es decir que en la misma sala estábamos cien niños repartidos en cuatro hileras de veinticinco camas dispuestas en batería.

Sin duda alguna era un momento mágico. Las clases habían terminado, habíamos estado media hora en la capilla, habíamos hecho el gamberro cenando, y habíamos recogido la ropa en el armario, ponían en los altavoces música clásica, nos lavábamos los dientes y nos disponíamos a dormir felizmente.

Claro que lo de dormir era la teoría. Siempre había algunos gamberros, y como en casi todas las cosas, aunque yo no era el líder, siempre parecía estar metido en alguna graciosidad.

Alguien dijo que si un vaso lleno de agua se vertía en otro vacío, simulando el típico ruido de un arroyuelo o del agua cayendo de los tejados a los

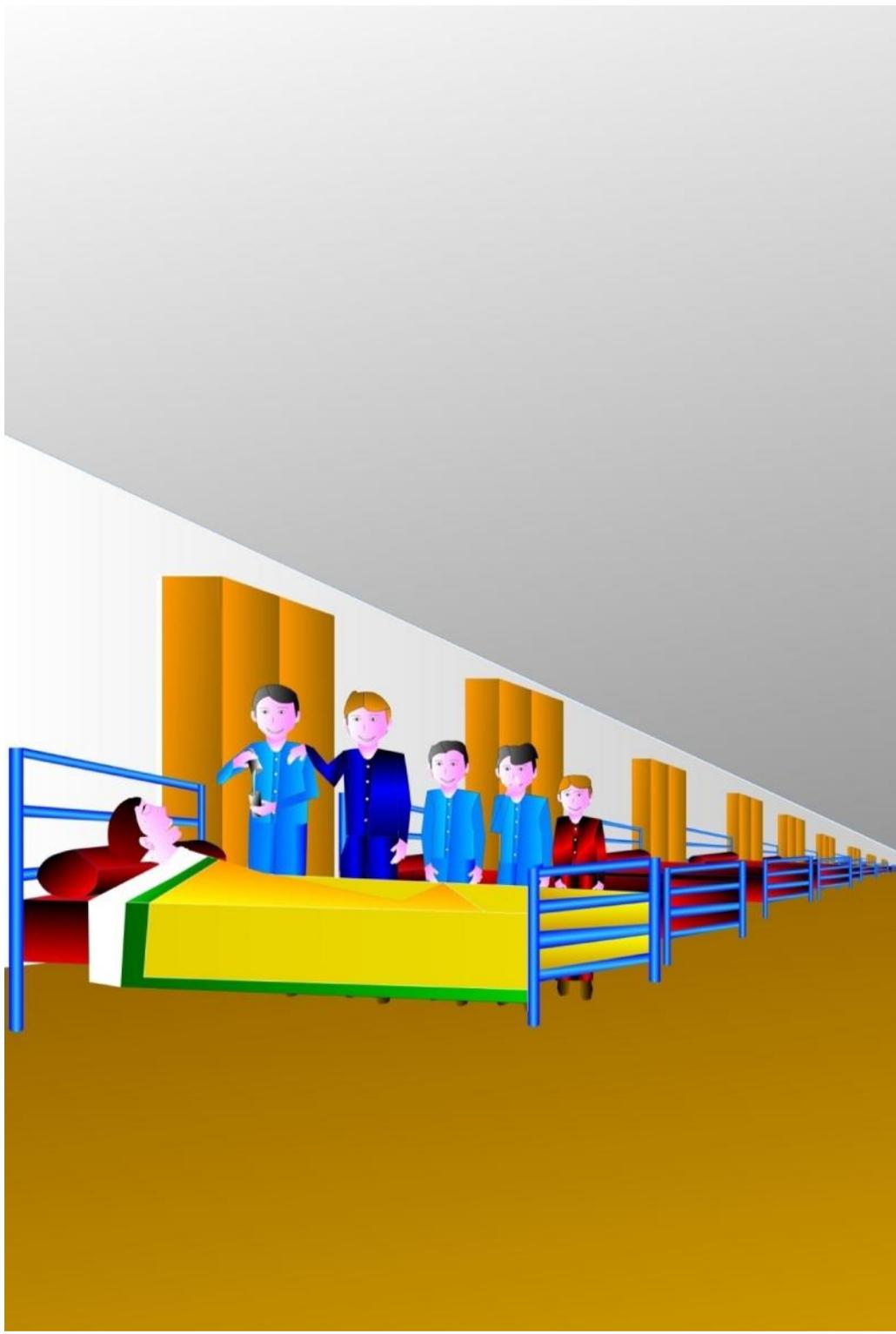
charcos, la persona en cuestión se hacía pis en la cama y mojaba las sábanas. Otros creían que era mejor coger los dedos de la mano del compañero que estaba dormido y meterlos en un vaso lleno de agua.

Y así se hacía. Generalmente siempre al mismo, a aquel que tenía algún tipo de incontinencia por ser todavía demasiado infantil.

Lo bueno no era realmente saber si teníamos éxito o no, lo que me llenaba realmente de satisfacción, como diría José Mota imitando a algún famoso gobernante, era participar en la gamberrada.

Hubo dos grandes acontecimientos que ocurrieron en el dormitorio. El primero, un temblor de tierra que se notó perfectamente. En la clase de matemáticas exageramos bastante, incluso llegamos a decirle al profesor, que en ocasiones parecía estar más allá que acá, que las camas se habían desplazado de una punta a otra del dormitorio. El revuelo fue mayúsculo.

El segundo acontecimiento curioso fue que nos pusimos enfermos de gripe una gran cantidad de chicos a la vez. Nos traían para merendar a la cama galletas y leche, y cuando nadie nos vigilaba se armaba un gran alboroto. Creo que la mayoría de los enfermos no estábamos excesivamente graves, más bien todo lo contrario... y eso que no conocíamos todavía las estancias de la enfermería, donde algunos pícaros aprovechaban para jugar a las cartas en lugar de recuperarse rápidamente.



8. Dos clases, dos grupos de fútbol

En los primeros cursos del Seminario Menor estábamos divididos, por orden alfabético, en dos clases. Yo estaba en la A, y todos los días salíamos a jugar. Los campos de fútbol debían de ser famosos en Zaragoza porque ocupaban una enorme extensión de terreno.

Coincidían con los laterales del edificio. Teóricamente debería haber seis en el lado oeste, sin embargo tal vez había solo cinco. Quizás los de quinto y sexto curso jugaban juntos... En el Seminario Mayor había uno, muy grande, donde jugaba los domingos el *Atlético Bozada*. Y luego estaban los campos de mini basket, al principio solo de alevines e infantiles, dos años más tarde hicieron el de los juveniles.

En el deporte yo sí que era de “los buenos”... y todavía recuerdo el color azul celeste de la indumentaria de los alevines de baloncesto. Pero si de los primeros años me acuerdo de algo verdaderamente impactante en deporte es de los jugadores de balonmano. Los que jugaban debían ser juveniles, porque a mí me parecían superhombres. Especialmente los disparos de Saura, que hacían que el portero contrario se echase a temblar. Y todavía más impactantes eran los lanzamientos que se estrellaban en la madera. El portero miraba para otro lado.

Cuando jugábamos entre nosotros siempre nos “pegábamos” con los de la clase B. Allí salían chispas, y si no que se lo digan a un compañero que se llamaba Ferrer, que era muy fuerte y tenía botas de fútbol. A veces cuando chutaba pegaban los tacos de sus botas de reglamento con las piedras y salían chispas de verdad. Yo estaba en su clase, así que era una garantía para que nos tuviesen cierto respeto.

Una de las escenas más dolorosas y a la vez graciosa fue que un alumno se cayó con tan mala suerte que se dio con el coxis en una piedra. Tal y como tocó el suelo, se levantó y echó a correr por todo el campo. No sabía si reír o llorar. Supongo que por eso se le denominaba el hueso de la risa.

Muchos días los pasábamos jugando al ping-pong y al fútbolín en el pasillo central que estaba justo detrás de los cristales circulares. Además había salas de juegos.

Era estupendo ver jugar a fútbol a los alumnos de cursos superiores. Parecían tener una fuerza increíble escuchándose el choque del pie con el balón. Había una liga en la que se hacían equipos mezclando distintos cursos... Nuestra vida era estudiar, rezar y jugar al fútbol.

También se formó un equipo de rugby. Me apunté, todo era muy bonito hasta que un día fuimos a jugar a la ciudad universitaria. Después de recibir golpes en los hombros en una simple melé, lo dejé. Se me quitaron las ganas de participar. Si no me falla la

memoria, mi amigo Miguel perteneció unos años al mismo.

La única vez que participé en la pista de atletismo de la universidad, en cuatrocientos metros, le pedí prestados los maripís a mi amigo Gallizo, que era el compañero más próximo del dormitorio. Cuando apenas llevaba cien metros corriendo, una de las zapatillas se partió por la mitad. Y claro, luego se las devolví destrozadas.

Le pedí disculpas... pero ¡qué más podía hacer! si yo debía de ser de los más pobres.

Porque en aquellos años, en España, casi todos los niños éramos verdaderamente humildes, económicamente hablando.

Recuerdo ahora la cara que puso al devolverle las zapatillas destrozadas. Menos mal que él debía ser “rico”, a juzgar por las galletas napolitanas que siempre le traían sus padres.

Creo que nuestro tutor en primer curso fue don Plácido, gran deportista, pero por quien sentíamos verdadera reverencia era por don Francisco Tejeda. Tenía algo especial. Alto, rubio, ojos azules, fumaba mucho, utilizaba una boquilla en muchas ocasiones vacía. Era muy amable y también socarrón. Tal vez me lo parece, pero también fumaba en pipa. Tenía acento extremeño y le gustaba mucho el cine. Recuerdo que una vez nos dijo que le había encantado “*La Hija de Ryan*”.

Tenía un encanto magnético, parecía muy culto

y además fue el que nos dirigió en las dos obras de teatro que representamos el día de los padres.

Fue también nuestro tutor en C.O.U. pero todavía faltaban seis cursos para llegar. La verdad es que mi problema durante el primer año fue que me suspendieron siempre en conducta. Afortunadamente a final de curso pude ir a campamentos con todo aprobado, y pasar a segundo. Toda una proeza.

Respecto a nuestros enemigos de fútbol de la clase B, parecía que había bastantes de Zaragoza... o es que cundían mucho. En cierto modo parecían un tanto niños mimados y repipis. Eso sí, a la hora de pedirle a Sánchez los tebeos del *Ojo de Zoltec*, nos hacíamos amigos y olvidábamos las rencillas y los patadones que nos propinábamos en cada recreo.

De los de Zaragoza capital, también recuerdo que decían que en los porches de la plaza de toros, las parejas se daban el lote.

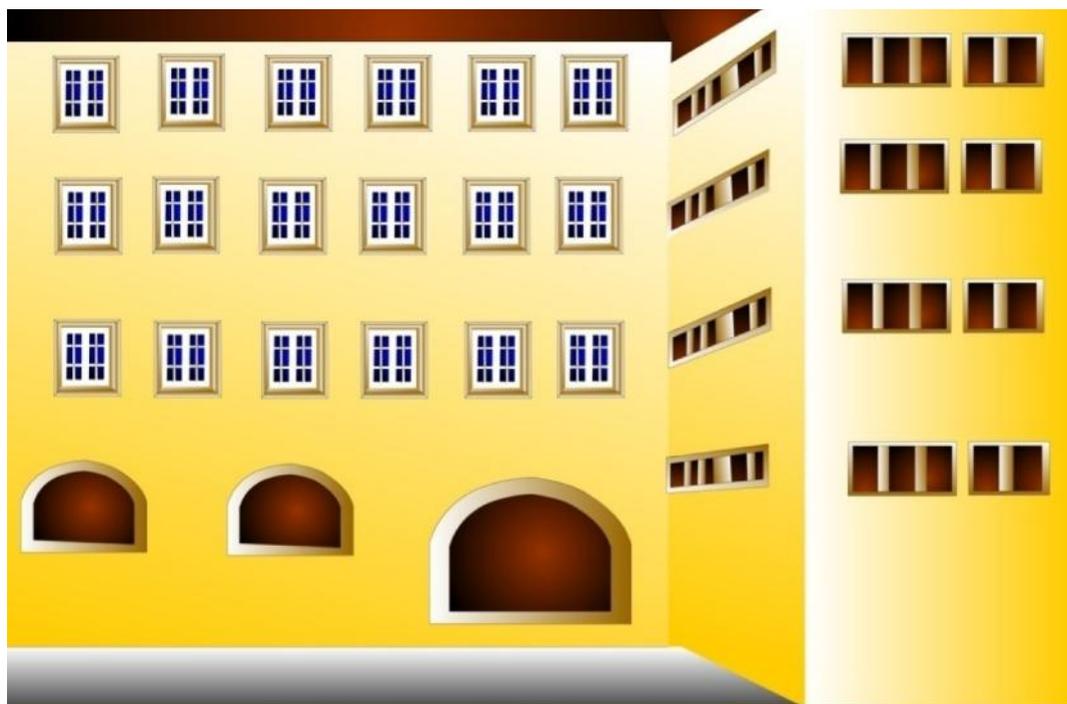
Y en alguna ocasión alguien decía: cuenta, cuenta. Pero poco había que contar, sólo que las parejas se manoseaban.

Al día siguiente se iniciaba la refriega de nuevo, a correr, a dar patadas al balón y a lo que no era balón.

Es curioso que en aquel primer año, el compañero Sánchez era un tanto regordete y su madre siempre le traía galletas. También decían que tenía una hermana que estaba muy buena. Luego cambió mucho, dio clases como voluntario, y llegó a ser un activista social.

Por entonces comenzó a haber muchos cambios en el Seminario, aunque para nosotros que éramos niños, no se percibían como tales, pues era lo único que conocíamos. Poco a poco comenzaron a dejarnos salir los domingos por la tarde, luego nos permitieron ir a comer a casa de algún amigo de Zaragoza, y posteriormente ya nos pudimos ir de fin de semana al pueblo.

Aquel año fue la guerra de los seis días. Un profesor nos preguntó si nos imaginábamos llegar al año 2000. Ahora, en 2017, sonrío.



9. Cambios en la iglesia del pueblo

Don Antonio, el arcipreste serio, en el amplio sentido de la palabra, fue destinado a Zaragoza, y durante algunos días la iglesia se quedó a cargo del coadjutor.

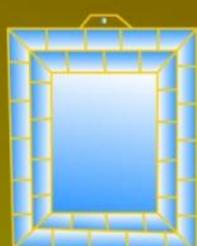
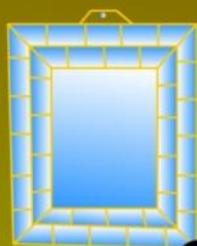
Inspeccionamos todo el edificio. Desde la casa del señor cura y sus hermanas, hasta las enormes vigas de madera que estaban ocultas encima de la bóveda, pasando por cada uno de los recovecos de la subida al campanario.

También aproveché para probar el vino dulce que se vertía desde una botella de cristal de *Anís el Mono* a las vinajeras. Posteriormente también caté el vino de la garrafa de cinco litros que se vertía en la botella de cristal. Descubrimos el lugar donde se guardaban las obleas; yo me llenaba los bolsillos. Mi compañero, que por fin llegó a cura, no creo que supiese algo de “mi pecado”.

Subíamos, bajábamos, nos divertíamos investigando cada rincón de la iglesia. Todo se terminó cuando llegó el nuevo cura. No había sintonía. Su generosidad para con los seminaristas debió ser más bien escasa por no decir nula, a pesar de que había gente rica en el pueblo que donaba para los seminaristas. Menos mal que conseguí una beca para continuar en segundo de bachillerato. Yo era un niño y apenas me enteraba de nada. Mi padre nunca lo

criticó, más allá de una simple queja, incluso obviaba el tema. Él y mi madre fueron de Acción Católica y trabajaron durante unos años con tesón por el bien de la comunidad. Para finalizar y no recordar más lo que no merece la pena, mi padre debió sufrir mucho ante lo que ocurrió el día de San Licer, justo antes de la procesión.

Todas las personas importantes del ayuntamiento estaban en la sacristía. Se había puesto de moda hablar y cantar por altavoz en las procesiones. En aquella festividad tan señalada, cada vez que algún monaguillo se acercaba al altavoz, depositado sobre el mueble principal de la sacristía, el misterioso aparato hacía un sonido muy desagradable. En cierto momento el cachivache por sí mismo se puso a hacer un ruido estridente y yo me acerqué a toda velocidad para apagarlo. Vino el cura y me pegó un tortazo que retumbó en toda la sacristía. Lo vio mi padre, lo vieron todos los concejales, lo vio el alcalde y lo vieron todos los monaguillos. No me afectó excesivamente, pero desde entonces mi padre, seguro que no se lo perdonó. Todos seguimos como si nada. En aquella ocasión parece que pagué con creces lo que otras veces había merecido y no había recibido. Digo yo. Ahora, con el paso de los años, me doy cuenta de que era un seminarista muy responsable, que siempre estaba en misa y en la iglesia. No me extrañaría si me dijese que fui el que más misas, rosarios, bautizos, bodas y entierros hizo en Zuera.



10. Clase memorable de Latín

Los capones de don Jacinto todavía surtían efecto dos años después. Bajé la puntuación de primer curso. De nueve descendí a ocho, pero sin duda alguna era una excelente nota. Parece que había varios factores que contribuían a tan buen rendimiento tanto en Latín como en Literatura. Uno fue el gran descubrimiento de que si estudiaba con ganas, conseguía un gran resultado. El segundo debió ser que me sentía feliz por estar bien considerado por el profesor. El tercero y menos importante, que tenía que mantener el listón a esa altura. El cuarto podría decirse que las asignaturas me iban bien, porque las matemáticas me gustaban, estudiaba mucho y sin embargo no pasaba del aprobado.

El día más memorable de todos fue cuando el profesor llamó a un alumno para que dijese en voz alta lo que había traducido.

Salió con el cuaderno en la mano. Don Jacinto estaba de buen humor. Lo recuerdo como un hombre duro y a la vez afable.

Para poner en antecedentes, hay que saber que la frase famosa, aproximadamente era:

Cesar mandó a su hijo Bruto al puerto de Ostia.

–Muy bien, Claver, díganos cómo ha traducido la frase.

–Es que...

–No se preocupe, Claver

–Pero...

Por fin, Claver se animó a decirla.

–*Cesar mandó al Bruto de su hijo de una Ostia al puerto.*

Ni qué decir tiene que toda la clase se echó a reír a carcajada limpia.

Claver ya había hecho el gesto de encoger la cabeza esperando un buen capón.

–Siéntese –le dijo don Jacinto, perdonándole por esa vez. Había sido un momento inolvidable.

Todos los años no había un traductor tan genial en segundo curso de Latín. Creo que el compañero y condiscípulo ya se había quitado las gafas para recibir el sopapo.

Ahora viene a mi memoria que aquel año ambos nos retamos a un combate de boxeo. Uno de nuestros héroes era Urtain. Tras un mes de flexiones y carreras nos pusimos uno enfrente del otro, nos miramos, nos estudiamos y la cosa debió ser muy floja, porque no recuerdo nada en concreto. Haríamos como que nos íbamos a pegar ante algunos observadores, y todo terminó sin el menor roce.



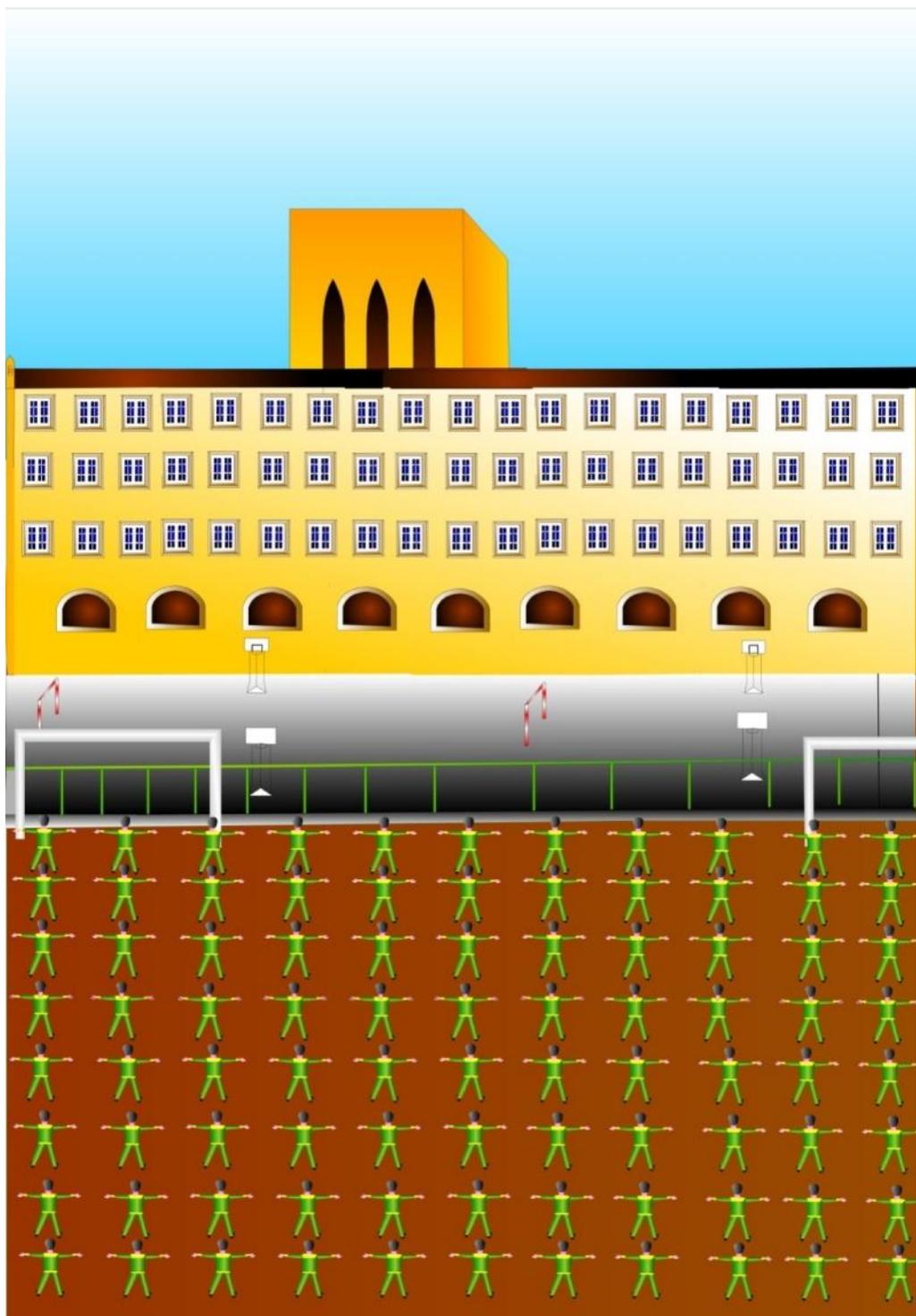
11. El día de los padres

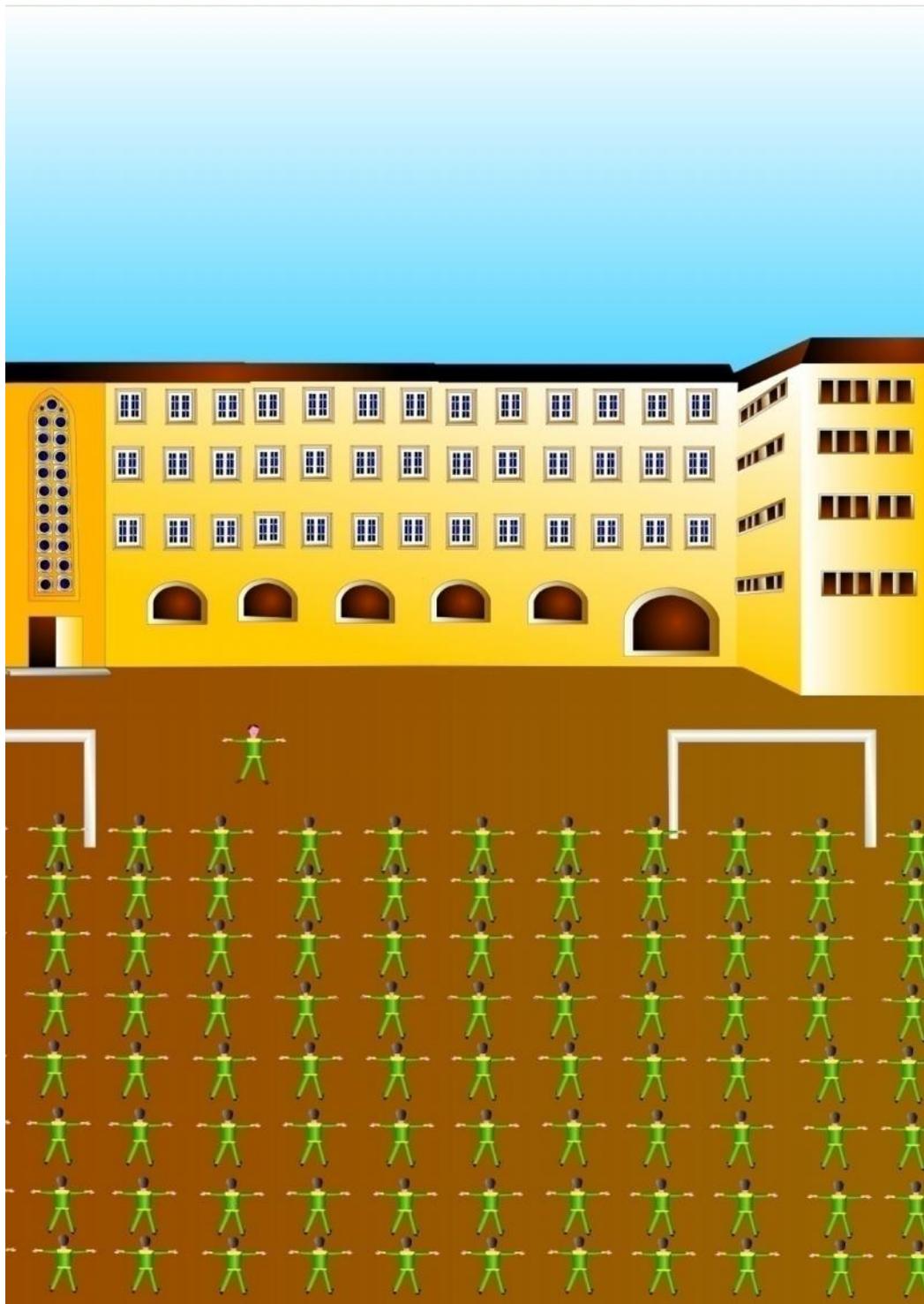
Tal vez, dos de los días más felices que pasé en el Seminario fueron los del *día de los padres*.

Casi cincuenta años más tarde me doy cuenta de que aquel día se organizaba con mucha anticipación. Durante un mes preparábamos una tabla de gimnasia. Era impresionante contemplar a trescientos alumnos, perfectamente alineados en los campos de fútbol, ejercitando los mismos movimientos en total sincronía. Era obligatorio comprarse un chándal de color verde con el cuello y los puños de color amarillo. Algunos padres contemplaban desde los dormitorios aquel extraordinario espectáculo, y cuando se terminaba, se sentía la satisfacción y el orgullo del trabajo bien hecho.

Participábamos con nuestros seres queridos en un ágape, yo con mis padres y mi hermana que apenas tenía seis años, y les enseñábamos las clases, la capilla y el comedor.

Era feliz recorriendo con mi hermana pequeña todos los recovecos y subiendo y bajando escaleras.





Después salíamos con los padres a comer en los campos cercanos. El primer año lo hicimos juntos los cuatro seminaristas del pueblo. Por fin llegaba la hora mágica del Teatro.

Durante dos meses, a las órdenes de Don Francisco Tejeda habíamos ensayado la obra. En una hice de zapatero y en otra de alcalde con chistera. La gente se reía mucho.

Apenas me acuerdo de los demás actores. Sólo de Gil, que era uno de los dos protagonistas principales. Alguien me dijo mucho más tarde que había estado en Nueva York haciendo teatro. Casi me parece excesivo... pero de ser cierto, me alegra enormemente que así haya sucedido.

El tiempo lo borra casi todo, pero creo que otro de los compañeros que participaba intensamente era Maicas, el más pequeño de los tres hermanos que estudiaban en el Seminario.

Al final del día, con la chistera puesta, salía del Teatro, henchido de felicidad y “orgullo”, le daba la mano a mi hermana y con mis padres nos íbamos andando hasta la parada del tranvía de *La Casa Grande*, como se llamaba entonces al hospital Miguel Servet.

Regresaba al Seminario feliz, radiante, y todavía quedaba lo mejor: el cine de los domingos, donde veríamos *Rebelión en las aulas*, *Lawrence de Arabia*, *La gran evasión*, o *Sonrisas y lágrimas*...



12. La biblioteca y el salón de juegos

En uno de los pasillos de la planta baja, cerca de la torre del Seminario, estaba la biblioteca oficial, de la que creo que falta un libro de francés, pero en la segunda planta, junto a las aulas había un salón en el que se formó una pequeña biblioteca con libros de aventura.

Sólo el hecho de recordar la librería juvenil del Seminario, ya aparecen en mi mente las historias de Zane Grey y a alguien con un libro debajo del brazo. Creo que ahora es sacerdote, José. No recuerdo a otro alumno más aficionado a los libros, que los habría. Él se llevaba la palma. Todavía veo su imagen con el libro y unas zapatillas completamente limpias. Quizás me sorprendía, pues yo debía de llevarlas destrozadas de estar jugando durante todos y cada uno de los recreos al fútbol. Supongo que leí algún libro. No debía ser mi fuerte por aquella época. Bastante tenía con estudiar los que nos proponían en clase de literatura. Sííí... ahora me viene a la memoria el libro que me leí dos veces aquel año: *Cómo hacerse rico*. No recuerdo el autor. Me gustaba el color reluciente de sus tapas, era bello. Parece ser que algo no funcionó, porque a pesar de estudiarlo y trabajar cuarenta años, sólo he llegado a ser de clase media-baja. Tendré que leerlo otra vez para ver si consigo ser

millonario en la próxima vida.

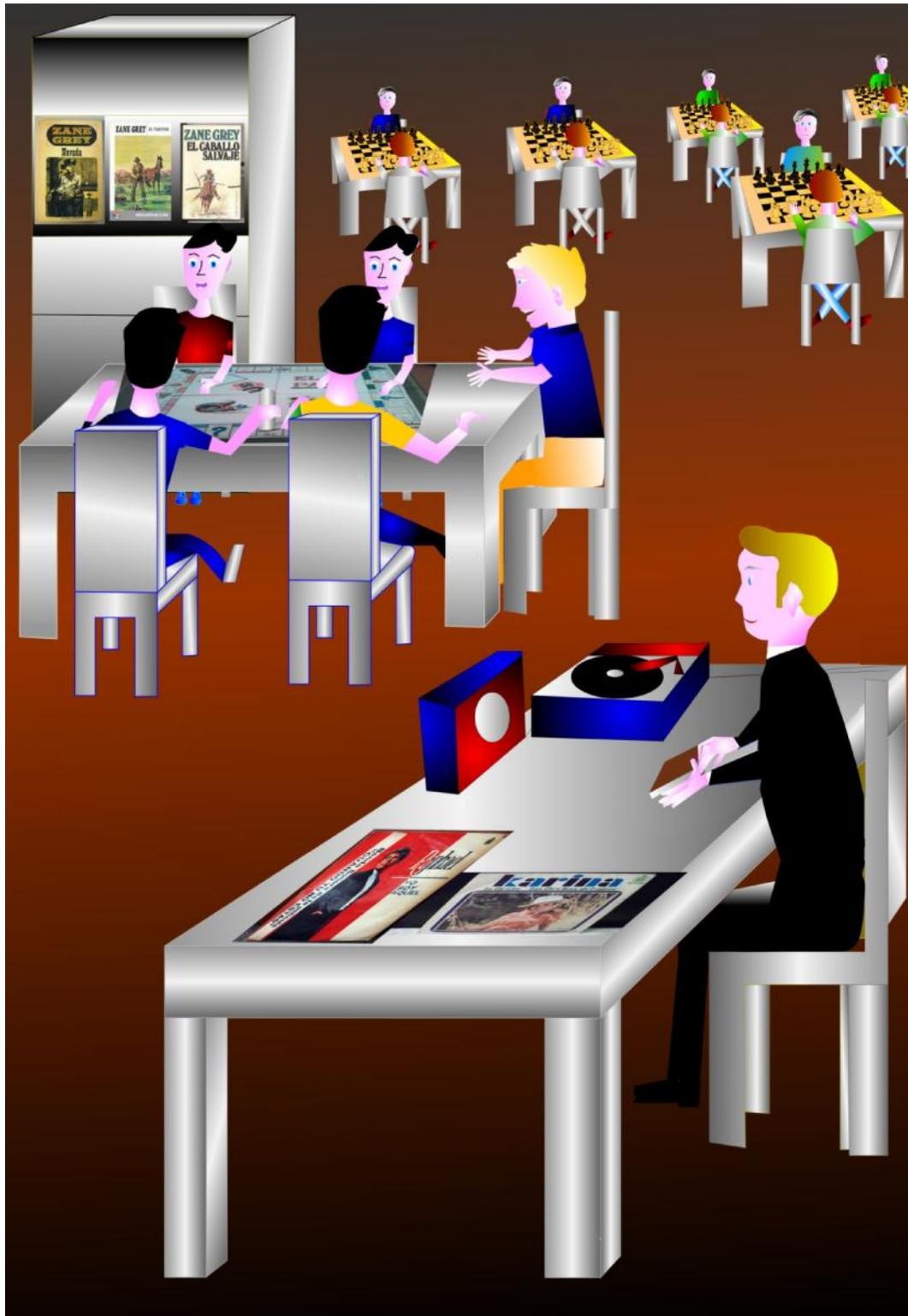
Don Jose María, nuestro tutor de segundo, bajó a la sala su tocadiscos y los vinilos de Karina, Raphael y otros.

Había también juegos de mesa. ¡Qué extraño!, a mí el que más me gustaba era *El Palé*. Hasta tal punto disfrutaba del mismo, que un ‘puente’ del Pilar decidí quedarme a jugar una partida entera, de cuatro o cinco horas y no ir a ver a mis padres. Cuando vieron que no iba a casa, llamaron al Seminario para que fuese a verles.

Por entonces los niños íbamos con los calcetines y la ropa zurcida, merendábamos en nuestras casas pan con aceite y azúcar o pan con vino y azúcar. Algunos en el pueblo todavía iban con albarcas y sin calcetines. No era de extrañar que me hiciese ilusión ser rico y comprar el *Paseo del Prado*. No obstante, el ideal de Cristo, su pobreza y su amor era realmente las ideas que iban ocupando mi corazón de niño.

Pero aquel monaguillo que había jurado a su amigo del pueblo ser sacerdote, iría acrecentando el tamaño del gigantesco obstáculo que se interpondría en su decisión final: el misterio del amor a una mujer.

Haciendo memoria... ahora sé por qué me acuerdo de José con un libro en la mano y sus zapatillas limpias. Las llevaba desatadas, aunque totalmente pulcras. Pero si alguien se llevaba la palma en llevar los cordones sueltos, era Clemente.



13. Algo sobre sexo

Me hace sonreír que el capítulo 13 trate sobre sexo. Cualquiera diría que tal actividad humana podría traer mala suerte.

Han pasado cincuenta años y el tema del sexo en el Seminario pienso ahora que no pasaba de ser una pura anécdota. Otra cosa eran los verdaderos retos que suponían para un niño el misterio de la mujer, el misterio del trabajo, el misterio de la vida y de los adultos.

Todo este entramado era realmente lo que se iba tejiendo en el pensamiento de un adolescente. Estaba ahí, en el subconsciente, escondido, nebuloso, lejano, inalcanzable.

Nuestra generación apenas tenía posibilidades de ver prácticas sexuales. Por lo menos yo. En la televisión no existían, en las revistas tampoco, y las películas estaban catalogadas para mayores de catorce y después para mayores de dieciocho. Así pues, nuestra percepción de las relaciones matrimoniales era pura abstracción. O es que yo sólo jugaba al fútbol.

Sin embargo esa tendencia natural no se podía obviar, y poco a poco los niños de once años comenzábamos a ser adolescentes. Algunos antes que otros. Y los que despertaban antes de tiempo, no era para ser afortunados precisamente. Concretamente

recuerdo a un compañero muy inteligente, de Castejón de Valdejasa, que era de los primeros de la clase, y paulatinamente formó algún pequeño núcleo que escuchaban sus gracias y sus dibujos, y duró un año más. Yo le tenía mucho aprecio, pero creció demasiado rápidamente y su brillantez le llevó hacia el exterior. Un día me dijo que yo sería alto, y aquello me ilusionó, porque era una de las cosas que más me preocupaban por aquel entonces.

Creo que fue durante el segundo curso cuando se empezó a formar un nutrido grupo de alumnos que jugaban tirándose al suelo por los rincones de los pasillos. Se apelotonaban unos encima de otros con el propósito de sentir algún placer. Había uno al que le llamaban la chica. Debía ser porque era el más guapo. Confieso que sentía cierta atracción por aquel juego pero en ningún momento participé. Ellos siguieron durante todo el año. Incluso me tocó en campamentos, en el Valle de Pineta, con algunos de ellos en la misma tienda de campaña. Intento recordar si hubo alguna risita o alguna escaramuza, pero no parecía ocurrir nada fuera de lo normal, o tal vez sucedía que yo como ya sabía de qué iban no me extrañaba su comportamiento. Hubo otro alumno que dijo que se tuvo que confesar porque vio con otro amigo a una pareja en medio del bosque. Por entonces no se decía hacer el amor, tal vez dijo *dándose el lote*.

Justamente en el primer trimestre del siguiente curso, los revolcones, nunca mejor dicho, continuaron

por los pasillos bajo las escaleras. Para el segundo trimestre ya no volvieron ocho o diez compañeros. Es una anécdota que apenas me causa impresión en estos momentos, y creo que tampoco en aquella época. El tema de las chicas me atraía, pero tal y como ahora lo recuerdo, no se había convertido en un problema. Durante el verano en el pueblo, los antiguos amigos de escuela y de la academia ya hacían peña. Dos veces creo que bailé con alguna chica, pero al segundo o tercer baile dije que tenía que ir al rosario y a misa. Cosa que era verdad. Con el tiempo, como la gran mayoría de los seres humanos, caí en la tentación de pensamientos y acciones impuras... Me confesaba, y hasta la siguiente.

–Padre... me acuso de haber tenido pensamientos y actos impuros...

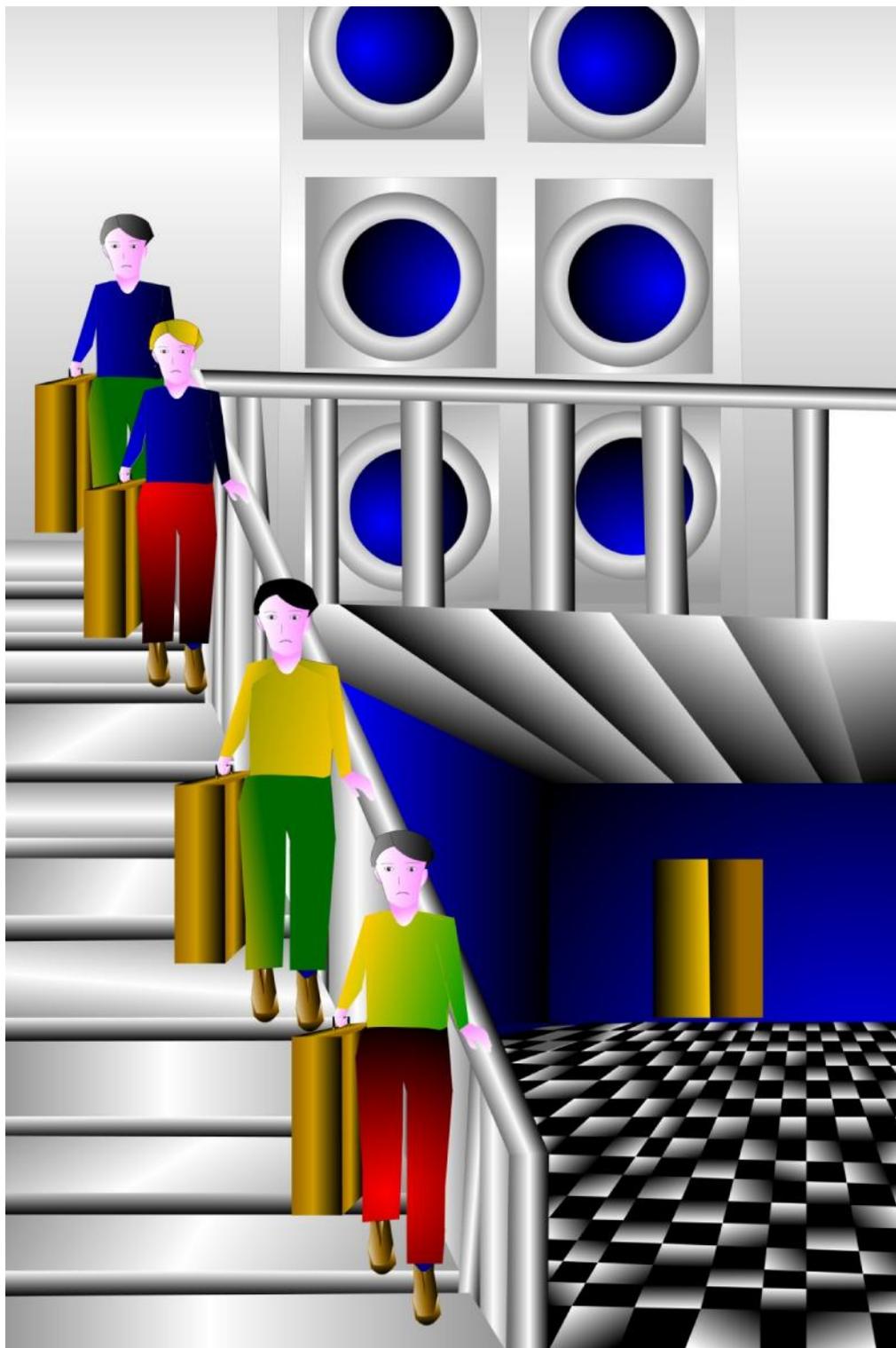
–Diez ave marías, hijo.

Parece que ya no nos decían ni siquiera, “no lo vuelvas a hacer más”. Consideraban que estaba dentro de la fisiología de la mayoría de los alumnos.

Poco hablé con algún compañero y amigo seriamente sobre el tema. En la primera ocasión tuve que preguntar a uno cómo se hacía un acto impuro.

Otra cosa era la atracción abstracta por las chicas y por las mujeres. El misterio del amor iba in crescendo y nada pudo detenerlo.

¿Quién se había enamorado de Julie Andrews en *Sonrisas y Lágrimas*? Oficialmente, nadie.



14. Los repetidores

En segundo curso ya hubo repetidores. Uno de ellos era el famoso Cañi, un poco más travieso que yo, pero como el noventa y cinco de todos los que estábamos, de buen corazón. Cuando jugaba a fútbol era un poco bruto. Lo importante era estar en su bando, y yo lo estaba.

Otro repetidor, cuya amistad fue muy importante para mí, fue José María. Sabía de música, jugaba muy bien al fútbol, era una persona que para los de un curso inferior parecía saber cosas de la vida. Muchos queríamos ser su amigo y salir con él, especialmente los sábados.

La emoción estaba en bajar andando hasta la calle Corona de Aragón y visitar los recreativos. Me surge la imagen de ir cuatro o cinco a su alrededor y simplemente ir diciendo tonterías. Él ya sabía qué eran los *Cuarenta Principales*, y en cuanto pude les pedí a mis padres un transistor para poder escucharlos por la noche, algo que casi debía de estar penalizado. Al principio de tercero o cuarto vino destrozado. Estaba de moda la canción de Lola... y al parecer había tenido una novietta de verano que se llamaba así, o que su historia estaba relacionada con la canción. Le admiraba por todo, incluida su formalidad y responsabilidad.

En cuarto curso me sentí herido por algún motivo de orgullo personal, el típico: se ha ido con otros y no me ha dicho nada. Dejé de hablarle durante muchos meses. Sufrí mucho porque no me relacionaba con él. Estoy seguro de que en su caso, la vida siguió adelante y apenas le representó una pequeña molestia, ni siquiera eso. Sin embargo para mí fue muy doloroso y aprendí una valiosa lección. Recuerdo que cuando nos íbamos a examinar de reválida de cuarto, me acerqué a él y le deseé que le fuese bien el examen. Aquel simple gesto atenuó mi angustia. Seguimos siendo buenos compañeros, pero ya no fue lo mismo.

Es extraño recordar que el sencillo hecho de irnos a tomar un café a la gasolinera de Casablanca, o de ir andando hasta la calle Corona de Aragón, o intentar ir a ver alguna película de mayores de catorce años, representasen bellas e importantes experiencias. Yo tenía cara de niño, así que nunca me pude colar en los cines de mayores de catorce años. Él, por el contrario, estaba más hecho y era un año mayor que yo, y en ocasiones lo conseguía. Él tenía estilo. Algo que yo nunca adquiriría. Independientemente de mi gusto un tanto cursi, de algo debería haberme dado cuenta: yo tenía estrella, aunque en ocasiones se escondiese detrás de los nubarrones del sufrimiento, del dolor y de la ignorancia.

CINE GRAN VÍA



15. Un domingo perfecto

Los tiempos modernos estaban llegando a la Iglesia y al Seminario, aunque los alumnos no nos diésemos cuenta de ello. Todavía fui testigo de las misas en latín de don Antonio, el arcipreste prudente y ecuánime, que inspiraba una enorme confianza. Al poco tiempo pasaron a decirse en castellano. Incluso cambiaron el Padre Nuestro... Dicen que aquello acercó la Iglesia a la gente, pero creo que todo era más fantástico, más misterioso, más milagroso cuando el sacerdote decía palabras incomprensibles en latín. No menos extraordinarios eran el canto *Dies Irae* que se hacía en los cabos de año o en los funerales, así como el *Salve Regina*. Posteriormente la Iglesia se acercó a los practicantes, pero me pregunto ahora, algo que no había hecho nunca, ¿dónde estaba lo mágico?

Probablemente aquello significaba el final del poder de Dios en la Tierra, me atrevería a decir. Se pusieron de moda los cantos de los fieles con guitarra y voces... Pero... ¿dónde quedaba la utilización del imponente órgano de la iglesia?

No recuerdo ver a los del Seminario Mayor con sotanas... supongo que ya no las utilizaba casi nadie. Los sacerdotes educadores llevaban ya el clériman. Tal vez don Tomás la utilizaba alguna vez, también

el Padrecito. Hasta don Jacinto aparecía con cléríman. Respecto a los jóvenes, don Plácido, don Esteban, y por supuesto don Francisco, vestían elegantemente. Y poco a poco los seminaristas comenzamos a salir a la ciudad y los fines de semana al pueblo.

Así pues, desgranando estos escondidos recuerdos llego a la conclusión de que había dos posibles domingos perfectos. El de los primeros años en los que durante un domingo normal, nos levantábamos, íbamos a misa y luego procedíamos a disfrutar de uno de los mejores momentos del día, el desayuno.

En mi caso, que parecía una lima comiendo, consistía en dos o tazones de café con leche. Al segundo tazón le incorporaba un vaso de chocolate, uno o dos trozos de mantequilla, dependiendo de si había recogido el día anterior alguna pastilla sobrante y la había guardado en una tarrina de Tulipán, que mis padres me habían dado a primeros de mes. El desayuno podía variar y primero me tomaba el tazón de café con leche lleno casi como una montaña de trozos de pan, y luego untaba otra media barra de pan con mantequilla y lo mojaba en el vaso de chocolate.

Vamos... que me quedaba satisfecho, con perdón.

Luego venía la opción de ir a jugar a fútbol o ir a la sala de juegos, ping-pong, futbolín, palé, lectura. Después, la comida, y de postre un vaso de crema de vainilla con unas galletas. No sé si en los dos

primeros años había campeonatos de fútbol, o el domingo lo dedicábamos a ver un rato la televisión en la sala de actos. Pronto venía la merienda, con pan y chocolate, y a las siete, aproximadamente, el cine.

Cuando ocurrió la apertura, acudíamos alguna vez a los cines de la ciudad, o la salida a los recreativos.

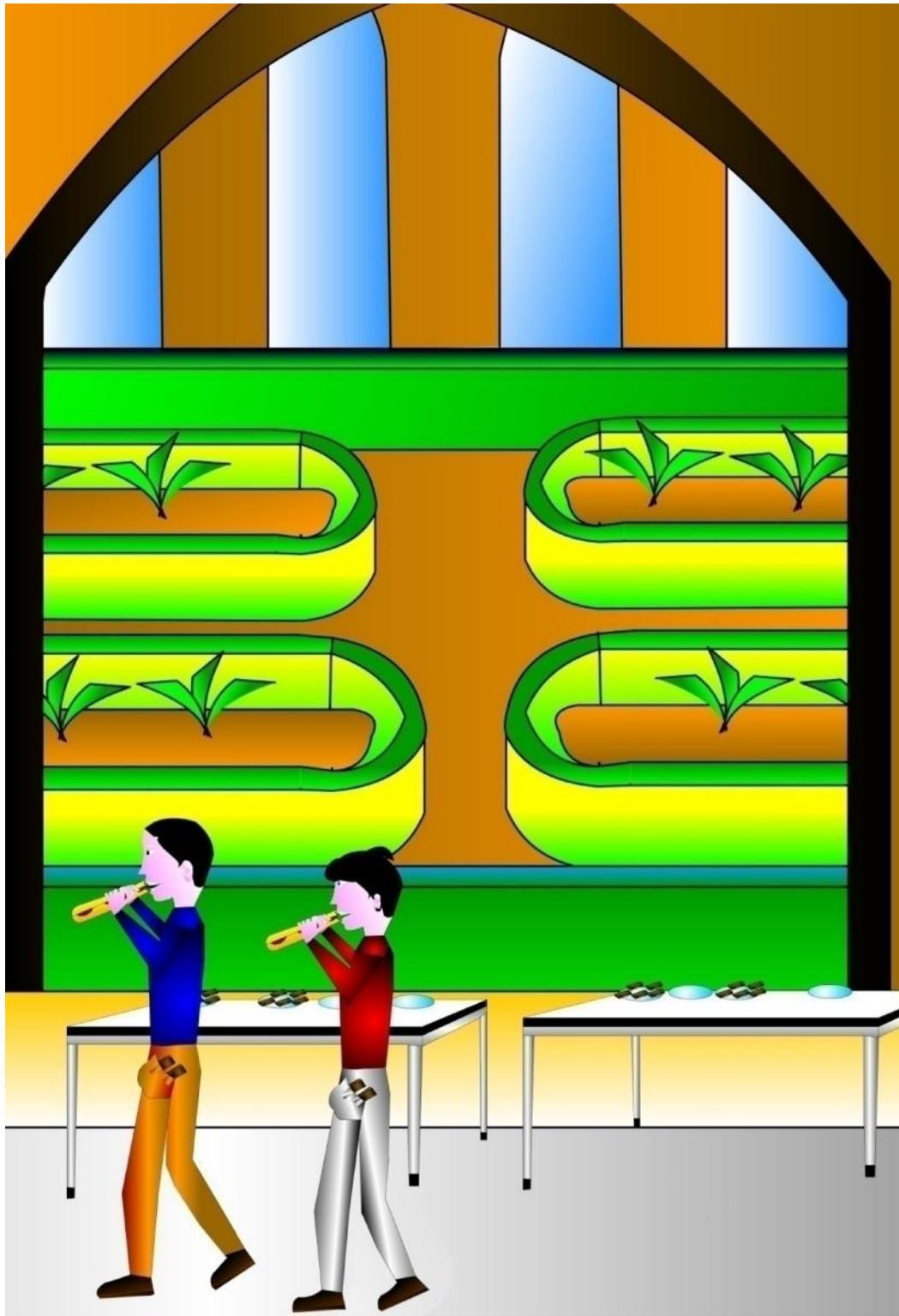
Algunas tardes de los domingos, mi amigo Miguel y yo pasábamos por el comedor, y como iban a sobrar raciones de merienda (nos decíamos) nos llenábamos los bolsillos de porciones de chocolate, cogíamos media barra de pan y nos íbamos andando hasta La Romareda.

Nos poníamos junto a las puertas de entrada. En algunas ocasiones llegaba un aficionado con dos bonos y nos dejaba pasar con él. Y así veíamos al Real Zaragoza. En otras ocasiones no teníamos tanta suerte y solamente podíamos entrar los últimos veinte minutos. Pero era emocionante y en ocasiones amedrentador, cuando escuchaba que decían palabrotas e improperios al árbitro.

El que más recuerdo es Violeta, y también los cabezazos de Ocampos al balón que se escuchaban en el silencio que se producía antes de meter el gol.

Una vez jugaron con tanta niebla que la mitad del estadio no veía la otra mitad del campo. Ha sido gol, gritaron. Creo que Violeta había chutado desde lejos y había sido gol.

Felices regresábamos al Seminario dispuestos a seguir soñando en el cine de los domingos.



16. Un extraño en el pueblo

Había salido del pueblo y ya nada era igual que antes. El primer año apenas lo noté, pues éramos cuatro seminaristas. Para segundo curso ya sólo quedábamos dos y posteriormente vino Ángel que llegó a sacerdote. Gonzalo, que también es sacerdote, era dos años mayor que yo, lo que era una verdadera diferencia. Primer y tercer curso, o segundo y cuarto... Y ahora me pregunto qué pasó con nuestra amistad de niños del año de cursillos. Como todo lo que escriba aquí prácticamente está fiado a mi memoria de pez, hay que comprender que puede ser una visión necesariamente incompleta. Pero en este momento es como si ya hubiese desaparecido. Siempre fuimos colegas y amigos. Él debía de salir mucho con los boy-scouts en Zaragoza, y aunque yo el primer año lo fui, parece ser que lo dejé pronto.

Cuando regresaba los fines de semana al pueblo, asistía casi a cinco misas entre sábado y domingo. En verano a veces me relacionaba en el campo de fútbol con mis antiguos amigos. Pronto llegaron las chicas para ellos, las peñas y yo no podía estar en el mismo lugar. Todavía recuerdo el extraño frío que me producía volver al pueblo, ¿debía ser soledad?, no lo sé. Me llevaba bien con todo el mundo, pero las chicas representaban un muro infranqueable. Los de mi edad comenzaron a trabajar a los catorce años, incluso ya tenían alguna peña

durante todo el año. Reviso ahora Youtube para comprobar la fecha de la canción *Mi Calle*, del conjunto Lone Star, año 1968, que repasando el libro de calificación escolar coincide con el tercer curso en el Seminario. Para entonces jóvenes trabajadores ya habían formado una peña donde se bebía cerveza y escuchaban la canción tan famosa. Nunca entré allí. Con gran ilusión participé en una peña del pueblo, La Farmacia. Un día bailé con una chica, no sé ni cómo me atreví, y después del segundo baile me fui al rosario y a misa.

En el verano de aquel año, mi padre me fabricó de dos bicicletas viejas una que funcionaba, y comencé a salir por la carretera de Luna. Me atreví a llegar hasta el kilómetro cinco. Toda una hazaña. Aquello abrió un nuevo mundo que duraría hasta los veinte años. Me recorrí todo el monte de Zuera a lo largo de aquellos felices años de bicicleta.

Otro verano también jugué a fútbol con los infantiles y lo pasé estupendamente, pero en general, mi vida era la de un solitario místico. Me sentía fuera de lugar y totalmente extraño.

Mi segundo hogar eran la iglesia con sus actos religiosos y el Seminario.



Km.
5

17. Semana Santa

Recordando estos años me resulta paradójico que, en el Seminario, los acontecimientos que más recuerdo no son los religiosos. La actividad en la capilla consistía en media hora por la mañana, y media hora por la tarde, aproximadamente. Allí pasábamos unos excelentes momentos, teníamos nuestro libro de oraciones, que me encantaba por su olor a celulosa. En algunas ocasiones teníamos oficios religiosos especiales, pero el Seminario no debía diferir mucho de la enseñanza en los demás colegios regidos por religiosos o religiosas. La misa y el rosario eran obligatorios en muchos de ellos.

Sin embargo, cuando iba al pueblo, mi vida se centraba alrededor de la iglesia, especialmente en los fines de semana.

Misa por la mañana, rosario y misa por la tarde, bautizos, entierros, bodas, comuniones...

La época que más me gustaba era la *Semana Santa*.

El invierno estaba terminando, aunque hubiese ramalazos de viento frío que solían presentarse por esas fechas, y había muchos actos en los que los monaguillos, en los primeros tiempos, cuando éramos diez o quince nos lo pasábamos divertidamente. En la sacristía había mucha vida y alegría, y en ocasiones

aparecía algún ratón en mitad de la misa, lo que nos causaba cierto regocijo.

Paulatinamente los monaguillos fueron desapareciendo, y al final quedamos solamente los seminaristas.

Apareció la costumbre de que alguien, además del sacerdote, leyese el evangelio, y en muchas ocasiones me tocó hacerlo, al igual que a los otros dos seminaristas del pueblo. Pienso que fui el que más horas invirtió en la iglesia de San Pedro, desde monaguillo con siete años hasta terminar como ayudante de sacerdote con diecisiete.

Semana Santa era una época de recogimiento interior y procuraba vivir la pasión de Cristo. Por si fuese poco, también en el cine del pueblo solían verse películas alusivas a la época.

Además de todo este ambiente religioso, comenzaba también las excursiones por los montes de Zuera. El trigo y la cebada tenían ya más de un palmo y el verdor de muchas zonas era extraordinariamente gratificante.

Como también aprovechaba para leer la Biblia en casa, podía afirmarse que la Semana Santa era una semana maravillosa en el aspecto espiritual.



18. Excesivo orgullo deportivo

Sin duda, el dicho *Mens sana in corpore sano* se ponía en práctica en el Seminario.

El deporte era uno de los tres ejes principales de la educación que recibimos muchos niños. Formación religiosa, conocimientos académicos supervisados y convalidados por el Instituto Goya, en nuestro caso, y el deporte, principalmente, fútbol, balonmano, minibasket, después basket y rugby; el atletismo se limitaba para el común de los estudiantes a la participación una vez al año en una carrera que se hacía en la Ciudad Jardín. Nos ponían un dorsal y comenzábamos con ilusión la carrera. Ilusión que duraba tres segundos cuando veías que la gente salía disparada y te quedabas rezagado.

Pero para mí, los partidos de fútbol eran importantísimos, diría que eran como el oxígeno que me permitía estudiar. En la vida siempre necesitamos una actividad paralela de diversión física, sentimental, mental o espiritual que nos ayude a cumplir con las obligaciones sociales y familiares.

Y durante mi estancia en el Seminario, el deporte fue sin duda alguna una estupenda y deseada actividad. Echar a correr, regatear a uno, dos o tres, y luego pasarla o chutar a puerta era verdaderamente satisfactorio. Estaba deseando que terminase la clase o el estudio para acudir al campo asignado a nuestro

curso y darle al pelotón.

Como norma general, la educación física contaba como una nota más. Y como a mí me gustaba sentir el cuerpo activo, siempre conseguía un notable.

Estaba orgulloso de mi habilidad, que en realidad era relativamente normal, pero que me hacía destacar desde mi punto de vista infantil. Pensamiento inocente que siempre me ha caracterizado hasta muy adentrada la madurez; me ha salvado de algunas calamidades, como puede ser el desencanto demasiado precoz que atormentó a algunos.

En gimnasia saltábamos el potro, el caballo y dábamos la vuelta en el plinto. En fin... yo no era como esos que se quedaban clavados sin ser capaces de dar la vuelta completa. Yo era yo.

Una tarde que todavía no habían recogido el caballo y el trampolín, que como norma general no utilizábamos, inicié la carrera con intención de exhibirme y demostrar a los escasos casuales espectadores que yo era yo.

Ocurrió que me lancé con tanto ímpetu que salté sobre el trampolín y volé por encima del caballo sin poder apoyarme con las manos. El batacazo fue morrocotudo, me partí por la mitad los dos dientes delanteros más grandes.

Después de pasarlo muy mal durante unos días, tuve que ir al dentista en varias ocasiones, quitaron los nervios, y parecía que todo se había arreglado... si no hubiese sido porque, por si había que pagar algo al

final, no fui a la última sesión. La parte provisional interna duró un tiempo, se pudrió por no estar bien empastada y tuve que arrancarme los dos dientes. Posteriormente ya se sabe, hubo que poner dientes postizos, adelgazando las piezas que eran utilizadas como soporte... etc.

Todavía a mis sesenta y un años no se ha terminado el tema. Hace poco me desvitalizaron los dos dientes donde se apoya el puente y todavía quedará alguna intervención.

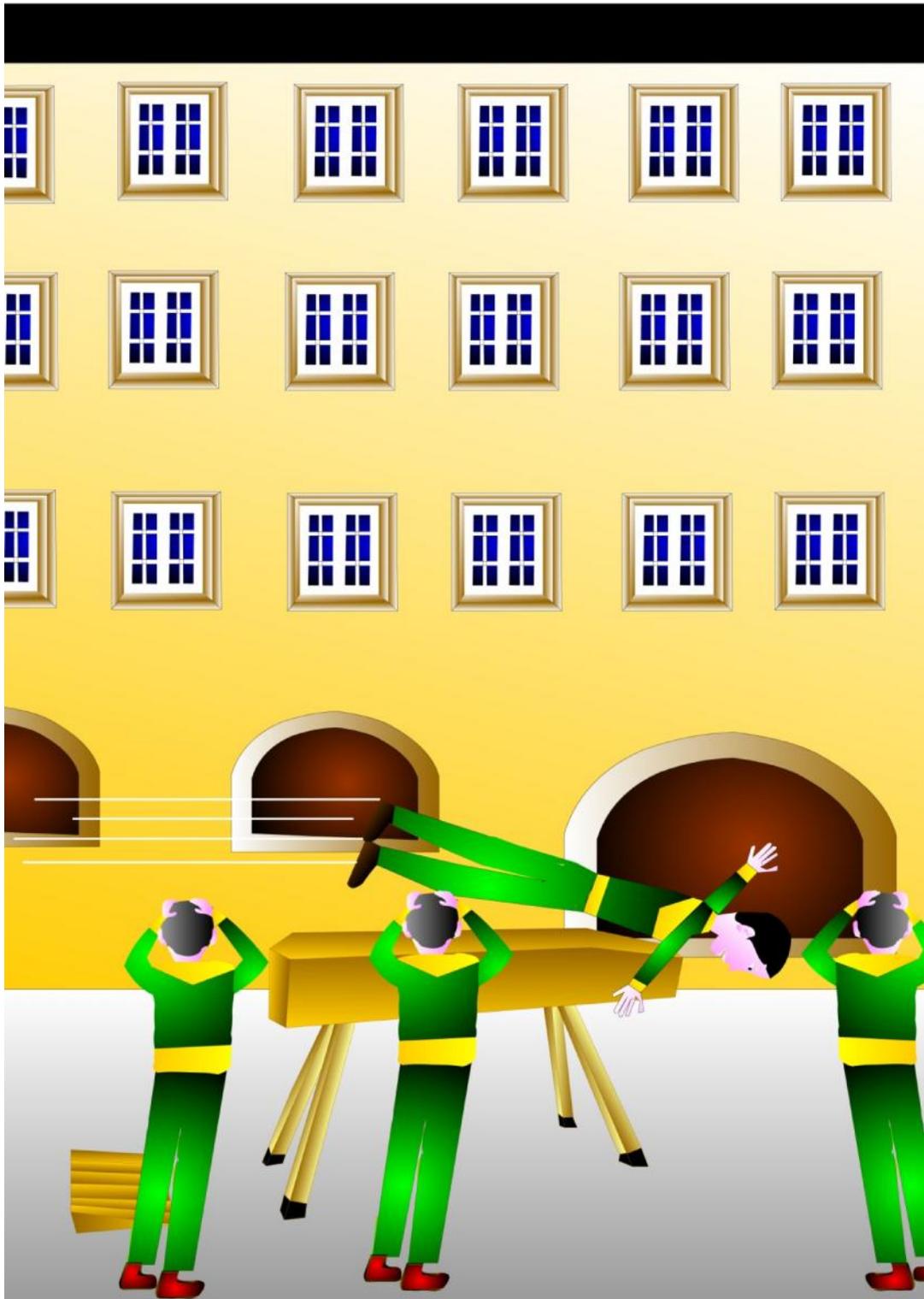
Así pues, el excesivo orgullo deportivo me costó varios meses, mejor dicho, años de sufrimiento.

También es verdad que sin un motivo interior los seres humanos no haríamos nada. Por excesivo orgullo deportivo pagué un precio.

Participar en un equipo, disfrutar del compañerismo, y encima si eres de los destacados y recibes alguna felicitación, es verdaderamente bueno para nuestro desarrollo espiritual.

Ciertamente nuestra autoestima se va viendo reforzada a lo largo de la vida, gracias a los pequeños reconocimientos que otros hacen de nuestros actos.

Con el tiempo es suficiente sentirse uno más del equipo, disfrutar de una buena cerveza y compartir unos cuantos chistes... pero esa es otra historia de mayores... de jóvenes de C.O.U.



19. Música

Gracias a mi amigo José María, aprendí que existía en la radio el programa musical *Cuarenta Principales*, cuando el programa era música y no anuncios, y cada vez que podía lo escuchaba.

Parece ser que la cultura musical de aquellos años era para todos los jóvenes la misma, salvo honrosas excepciones, para los que eran expertos en música clásica y aquellos que escuchaban música alternativa, como imagino que podrían ser el Jazz, el Blues y los famosos grupos de Rock americanos. Los Beatles y los Rolling Stones se llevaban el palmarés en las televisiones y la sociedad en general.

Pero justamente debajo de las escaleras principales del lateral que da actualmente al Conservatorio Superior de Música, que, dicho de paso, está construido sobre los antiguos campos de fútbol y del camino por el que transitaba el autobús del barrio Oliver, había un pequeño sótano que habilitaron como salón cultural de los mayores.

Pusieron un tocadiscos y todavía me impacta la imagen del disco de *My Sweet Lord* de George Harrison que estaba entre todos los demás, fuesen los que fuesen, y de los que no ha quedado en mi memoria ni el más mínimo rastro. Probablemente aquello era un cambio muy importante. Si tuviera que expresar lo que ahora supongo que resultó ser, diría que signifi-

caba un cambio en mí. No sé si en aquel tiempo ya comencé a tocar la guitarra española o quizás había sido un año antes. Probablemente con aquella canción nacía el adolescente, digamos simbólicamente y a riesgo de escribir ahora de una manera excesivamente ligera.

Era el año 1970, según he comprobado en Youtube, y yo estaba haciendo quinto curso. Nuestro curso devenía junto con sexto en los mayores del Seminario Menor.

La ilustración del equipo de fútbol en la que se pueden adivinar los rostros de don Luis María Iradiel, don Gonzalo, don Esteban... y varios alumnos, Pola, Cobos, Cebollada, Melús y yo... pertenece a ese año, pues yo había jugado durante el verano a fútbol en el equipo infantil del Zuera y nos habían regalado como premio unas extraordinarias botas profesionales, que no había visto en mi vida ni en pintura.

Mientras nosotros, los españoles, escuchábamos las estupendas canciones de Los Brincos, estaba ocurriendo una revolución en otros lugares, como podía ser el festival de Woodstock, con Jimi Hendrix a la cabeza de la música 'progresiva' americana. Incluso por aquel tiempo existían los disco-forum, algo inimaginable hoy en día.

Los más avanzados de los estudiantes, los progres de entonces, imagino, ya hablaban de aquellos músicos tan talentosos. Pero es que en ese momento además de los Beatles y los Rolling Stones había una

tremenda eclosión de grupos, que para mí, una persona corriente, ni existían, como por ejemplo Yes o Pink Floyd, Nektar, Génesis, King Crimson, Passport... una lista interminable de excelentes músicos, muchos de ellos antiguos estudiantes de música clásica.

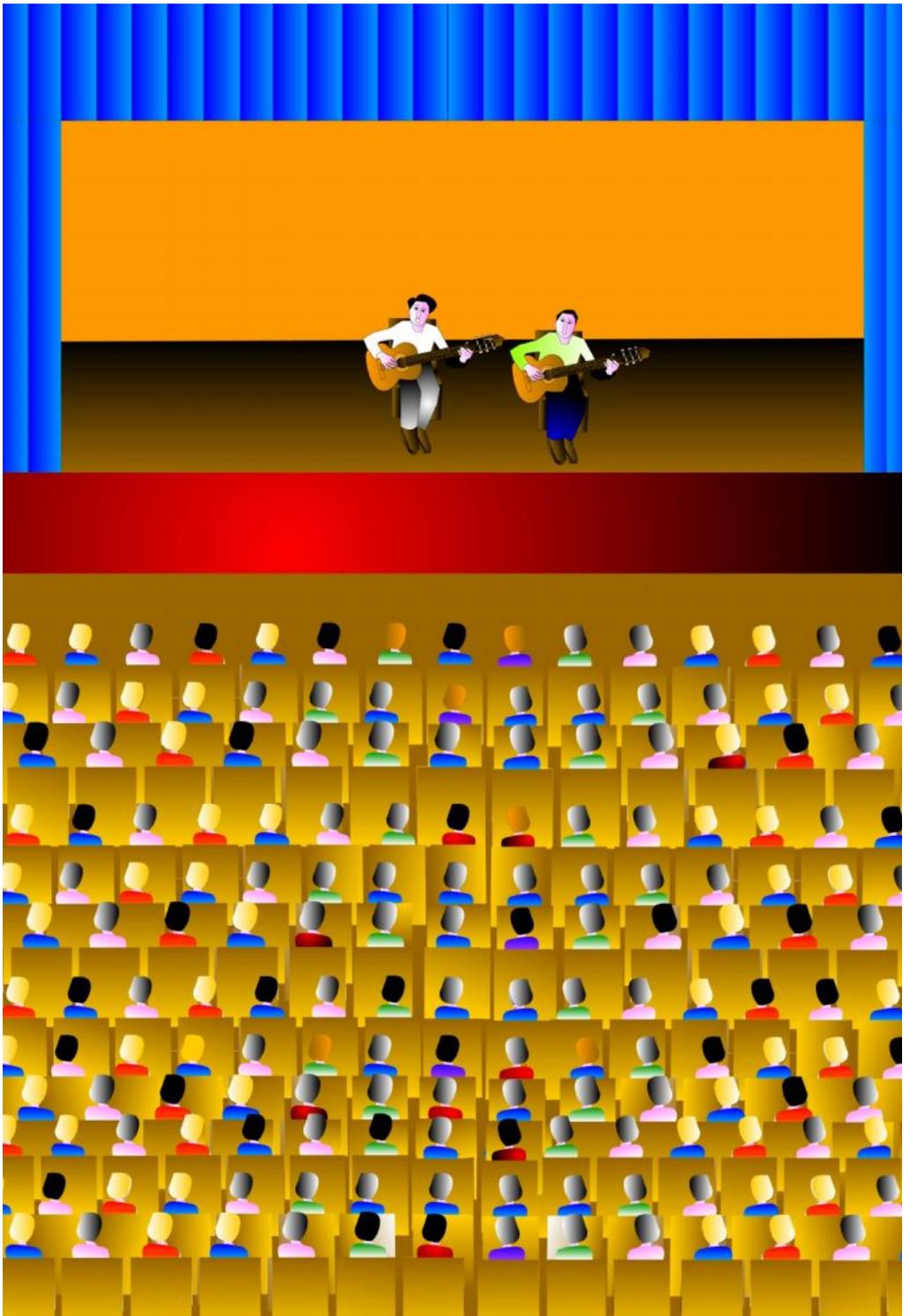
Toda esta revolución musical ni me rozaba. Nosotros, los estudiantes comunes, a lo que único que llegábamos era a comenzar a tocar la guitarra española. Recuerdo que había un alumno más joven que nosotros que se llamaba Satué, que se puso en la guitarra las cuerdas metálicas y la tocaba con una facilidad que me dejaba pasmado. Es como si fuese totalmente intuitivo respecto a ese tipo de música.

Un amigo y excelente escritor me ha comentado que en Zaragoza hay un compositor musical que se apellida así, no sé si será él o su hermano.

Durante los dos siguientes años mi afición más importante fue la guitarra, incluso veo en la lejanía que con Maicas el pequeño, de mi curso, llegamos a formar un dúo, y cantamos en alguna misa, pero creo que pronto se debió acabar debido a mi desentonación natural. También llegamos a participar en el salón de actos, cantando dos canciones para la fiesta interna de Navidad. Una se titulaba *Tumbas por aquí, tumbas por allí*. La segunda era un villancico que nos inventamos Jaime y yo.

Independientemente de mi poca habilidad en la interpretación vocal e instrumental, yo... seguí du-

rante un tiempo dando la tabarra a mis compañeros y después a mis vecinos.



20. Dos castigos dolorosos

Cuando se recibe un castigo merecido, pica pero no duele, pero las acciones injustas sobre uno, duelen y se recuerdan.

La primera fue en tercer curso. Había ido a campamentos en primero, al Moncayo, y en segundo, al maravilloso valle de Pineta. En el verano de tercero, me fui con mi madre a Madrid y luego a dos pueblecitos de la provincia de Toledo, Las Herencias y Alberche.

Aquel verano fue famoso porque el hombre llegó a la Luna. Y mientras Armstrong, Aldrin y Collins utilizaban tecnología avanzada, en aquellos pueblecitos españoles todavía se trillaba con trillos de hierro y pedernal.

A juzgar por las notas que estoy repasando en el libro de calificación escolar, debí de ser un excelente estudiante. Hecho que me sorprende hasta a mí mismo.

Cuando volvimos a cuarto curso, el director económico me impuso una multa de quinientas pesetas... por no haber ido de campamentos.

Apenas teníamos para poder pagar el curso, y aquel desembolso me dolió tremendamente.

Al poco tiempo tuve la mala suerte de romper un cristal redondo chutando, haciéndome el gracioso, con un balón de basket. Había sido una travesura de

alguien inconsciente e irresponsable. Y de nuevo, G. nos hizo pagarlo.

Y de nuevo lo consideré una injusticia, porque en ningún momento había tenido intención de romperlo.

La espina se había clavado junto a la anterior multa.

Imagino que me desahogaría dando más de una patada a las puertas de los lavabos cuando nadie me veía. Y el último día de curso de C.O.U. tuve en mis pies la oportunidad de vengarme.

Ya tenía la maleta preparada, nos íbamos después de haber aprobado y no comenzaríamos los estudios de Teología.

Estábamos jugando a basket, me acordé de aquellas “injusticias” y cuando terminamos le pegué una buena patada al balón, lo recuerdo borrosamente y creo que me contuve en el último instante. No sé si rompí uno de los cristales redondos de la parte del Seminario Mayor. Creo que G. todavía era el encargado de la economía. No le guardo ni el más mínimo rencor, al contrario, sé que durante los cursillos y los primeros cursos era uno de sus alumnos favoritos porque jugaba bien al fútbol.

Espero que ahora el Ayuntamiento de Zaragoza no me ponga una multa por haber pecado de pensamiento.



21. Dos reválidas

Durante el bachiller debíamos someternos a dos reválidas, cuyos exámenes realizábamos en el Instituto Goya.

Antes de someternos a la de cuarto curso, bachiller elemental, hicimos una excursión a Ordesa. Gracias a una de las tres o cuatro fotografías que tengo de toda mi estancia en el Seminario, guardo un recuerdo de los que por aquel entonces éramos amigos, si bien es verdad que casi todos lo éramos. El hecho de convivir día y noche, y año tras año, forjaba una amistad bastante sólida, y casi con cualquier condiscípulo era susceptible de quedar para pasar un buen rato.

Debió ser por aquella época en la que a veces paseábamos hasta un jardín y una fuente abandonados que había justo enfrente de la puerta principal del Seminario, justo donde están ahora las instalaciones de la Federación de Tenis.

Paseábamos y todavía recuerdo esa extraña sensación de camaradería que surgía en el simple y sencillo hecho de contar alguna película.

Fernández me invitó una o dos veces a comer, cuando el primer signo de apertura a los nuevos tiempos consistió en ir a casa de alguien que residiese en Zaragoza. Casás era de Castejón, y tenía un

hermano mayor que había pertenecido a los boy scouts. Gil era con quien habíamos compartido protagonismo durante dos años en las obras de teatro. Y de Pérez tengo el recuerdo de que era una persona muy cariñosa, inocente y espontánea. Era muy afectuoso y dicharachero. Es extraño que todavía me acuerde de cómo jugaba cada uno al fútbol. Sin duda alguna, dos de los menos habilidosos dándole al balón eran Casás y Pérez.

El día antes de la reválida, en lugar de estudiar estuve viendo en la televisión algún partido del mundial. Y lo peor, fumé varios cigarrillos, devolví y pasé una noche fatal. Consecuencia... suspendí el grupo III de la reválida.

Ahora parece algo extraño que se fumase, pero fumar era algo que nos equiparaba a los mayores. Yo había intentado ser mayor desde los siete años, pero el cuerpo nunca me lo ha permitido. Incluso llegué a C.O.U., me compré una pipa, tabaco especial, y siempre acababa con el estómago destrozado.

Soy, pues, no fumador, no por méritos, sino porque el cuerpo no me dejó.

Fumar en pipa era algo así como ser intelectual, y aunque con posterioridad tuve aversión por algunos intelectuales que parecían creerse superiores a los demás, era algo a lo que aspiraba a llegar.

Debido a que suspendí parte de la reválida de cuarto, durante todo el verano asistí a las clases en una academia de Zuera. No recuerdo muchas cosas de

aquel verano, salvo que dos valientes jóvenes del pueblo hicieron una competición para ver quién bebía más cervezas un poco antes de las fiestas mayores de San Licer.

Lo cierto es que fui feliz asistiendo a las clases y relacionándome con otros jóvenes, a los que conocía de siempre.

Respecto a la segunda reválida, después de los dos cursos de Bachiller Superior, tenía otra afición: tocar la guitarra.

Había escuchado a alguno de mis compañeros que el que lo desease podía irse a casa y preparar la reválida en el pueblo. Y lo que parecía mejor: a aquel que dejaba durante esos días el Seminario le devolvían cierta cantidad de dinero.

Todavía no sé cómo me atreví. Me planté en el despacho del señor rector, don Luis María, y me devolvió la cantidad correspondiente a los días que no comería.

Estudí mucho y compuse una canción con un poema titulado *El Romance del Prisionero*. No es que hubiese aprendido música, sino que la composición musical se derivaba del sencillo hecho de tocar la guitarra. Dicho de otra forma, no había que quemarse el cerebro. Simplemente sentir el placer de acariciar las cuerdas.

Aquellos quince días fueron muy agradables y con una extraña sensación de libertad, que procedía de un hecho paradójico: no estaba sujeto a la disciplina

del Seminario, pero tenía la seguridad de que pertenecía a él. Algo que es distinto a ser “libre” pero quedarse sin la protección y la sensación de pertenecer a algo.

Realmente el hecho de aprobar el Bachiller Superior era muy importante, pues el próximo curso iríamos al Seminario Mayor, y allí tendríamos nuestra propia habitación y las clases serían en el Instituto Goya.

Por si fuera poco, durante el verano iríamos varios seminaristas a trabajar de camareros a la Costa Brava, gracias a la ayuda inestimable del cura de Cadaqués, mosén Ceferín.

Otro extraordinario sacerdote a quien bastantes seminaristas de Zaragoza debemos su gran apoyo y su enorme comprensión.



22. Pillados in fraganti

Parece ser que las ganas de bromas no se habían agotado. Tal vez fue José María quien contó que su hermano mayor en algún colegio, o quizás los que nos habían precedido en el propio Seminario, habían gastado una buena broma. Ni cortos ni perezosos, nos pusimos manos a la obra.

Cogimos cuatro zapatillas y esperamos a que la víctima estuviese dormida. Colocamos con sumo sigilo una zapatilla debajo de cada pata de la cama.

Con enorme paciencia fuimos deslizando la cama por el pasillo central hasta la puerta del dormitorio, con el fin de sacarle al vestíbulo, justo donde están los ventanales circulares.

Felices, riéndonos, sin hacer ruido conseguimos deslizar la cama y casi dejarla en el vestíbulo. Ya habíamos pasado casi toda la puerta del dormitorio.

Justo entonces nos pilló don Francisco Tejada. Imagino que debería contener la risa. Muy seriamente nos preguntó qué hacíamos.

–Nada...

–Llevadlo al dormitorio y vestíos.

No recuerdo si dimos dos, tres, cuatro o diez vueltas a los campos de fútbol. Después fuimos al estudio. Estudiamos poco, pues ya era muy entrada la

noche, sentimos un cierto orgullo a la vez que temor por la broma, que no habíamos terminado de hacer, porque el final de la misma consistía en despertar a la víctima en medio del vestíbulo.

–Ya hablaremos. A dormir –nos indicó don Francisco.

No hubo más consecuencias, salvo la honrilla de tener una anécdota que contar, y ahora estoy seguro de que don Francisco seguiría leyendo el libro que llevaba en la mano cuando nos pilló in fraganti, y sonreiría.



23. Mosén Ceferín

No sé cómo se estableció aquella relación entre el cura de Cadaqués y los seminaristas. El hecho era que varios alumnos de dos cursos superiores, y ahora me doy cuenta de que ya estaban en el Seminario Mayor, y varios del nuestro, iríamos a trabajar de camareros.

Dicho de otra forma, una parte del Seminario se trasladaba a quinientos kilómetros de distancia, y además, bajo los auspicios de mosén Ceferín.

Han pasado cerca de cincuenta años y todavía recuerdo la primera impresión. Nos recibió en su casa verdaderamente con los brazos abiertos. Era un hombre muy afable e inquieto. Salimos unos minutos a la terraza, desde la que se divisaban los tejados y la bahía de Cadaqués. Luego nos distribuyó entre varios hoteles. Intento recordar quiénes íbamos aquel año. Y sólo me vienen a la memoria Escusol, Jaime y Supervía, dos años mayores. El primero era un portento de lucidez y muy chistoso, los dos segundos eran muy serios y mis héroes cuando jugaban a fútbol.

Casi todas las tardes, después de terminar el servicio de comidas, me acercaba a casa de mosén Ceferín. Me dejaba una guitarra y me gustaba pasar un buen rato allí. En muchas ocasiones nos reuníamos todos por la noche y aprovechábamos para cantar y

escuchar música. Tenía un tocadiscos y del disco que más me acuerdo era *The Young Ones* de Cliff Richard y los Shadows.

El primer año fue distinto al segundo. Las reuniones en casa del cura eran extraordinariamente amenas. A veces nos pasábamos un poco con frases demasiado graciosas...

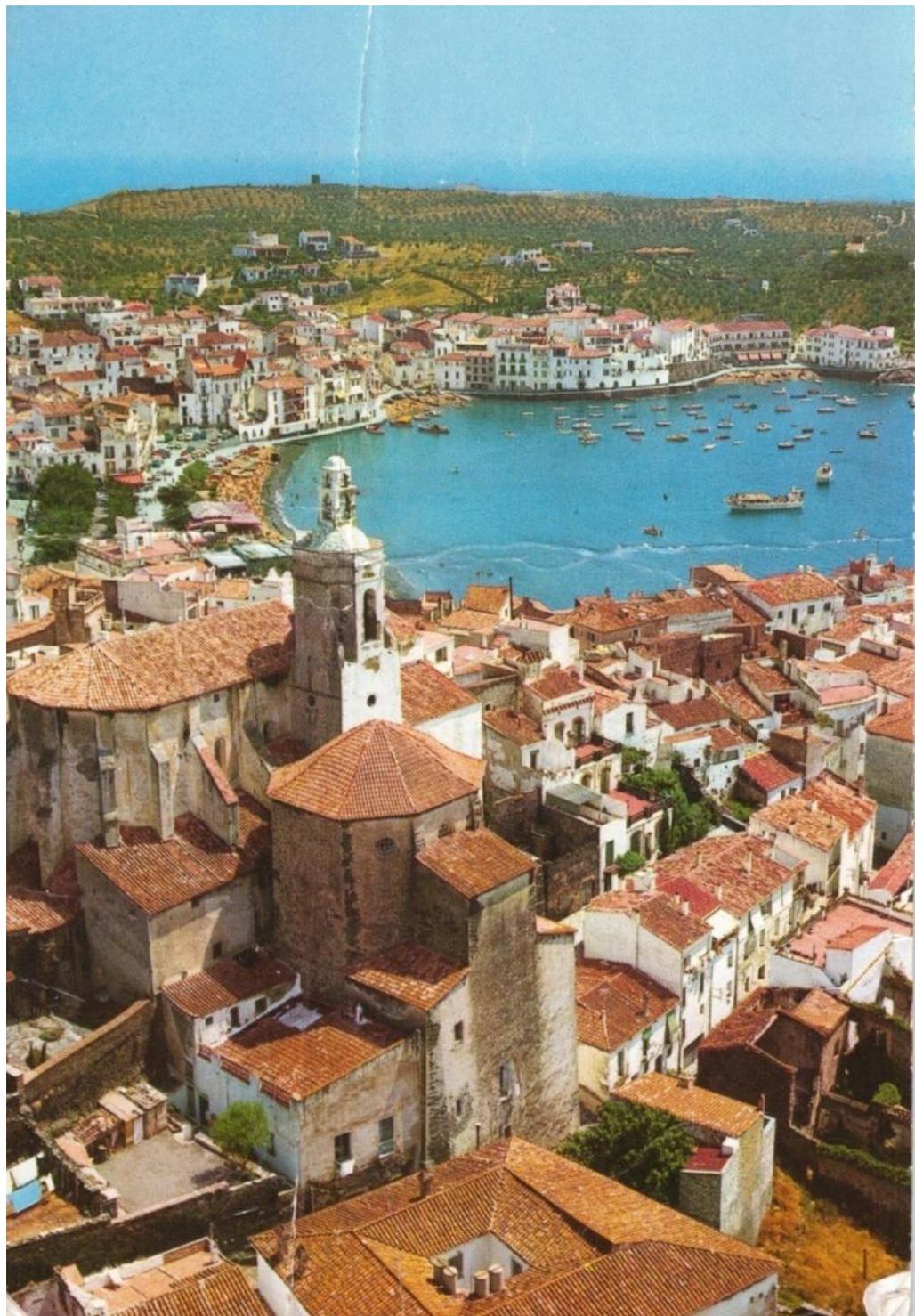
Mosén Ceferín tenía un maravilloso cuarto de estudio. Era muy luminoso, pues una de las ventanas daba a la terraza y la luz penetraba a raudales. Allí me confesaba.

A veces contaba que había hablado en varias ocasiones con Dalí, y probablemente sería especialmente reservado en algunos temas.

Al año siguiente volvimos, pero fuimos más esporádicamente a su casa, aunque mantuve igualmente una afectuosa relación. Me regaló un curso de inglés en discos, aunque ya sabía que no continuaría en el Seminario Mayor. Me habría gustado regresar y agradecerle todo lo que había hecho por nosotros, y especialmente por mí.

Todas las épocas son de cambios continuos, pero sin lugar a dudas, en lo que a la Iglesia se refería, España estaba sufriendo una honda transformación, y nosotros coincidimos con el declive de una época esplendorosa.

Como he comentado anteriormente, a partir de nuestro curso, la disminución en la entrada de seminaristas fue tremenda.



24. La moto de Gisbert

Sin duda alguna, los dos cursos que más recuerdo son el primero y el último del Seminario. Tanto uno como otro fueron únicos. La entrada a un mundo nuevo, a mi segunda casa, la salida a un universo desconocido y amenazador, que nada tenía que ver con los quince días que supusieron de vacaciones en libertad que había representado la preparación para la segunda reválida.

Al principio de C.O.U. todavía no tenía decidido si me saldría o no. De hecho entré con la enorme ilusión que representaba dar el primer paso en el Seminario Mayor.

Todavía miro la cuarta o la sexta ventana, sabiendo que allí pasé todo un año.

Miguel y yo éramos vecinos de habitación, y muchos días nos hacíamos un café. Consistía en poner unas gotas de agua en un vaso, generar una masa viscosa con una cucharadita de café instantáneo, una o dos raciones de azúcar y una vez que se quedaba un líquido pastoso le añadíamos agua hirviendo. Aquello generaba un olor y una crema que apetecía tomárselo.

Nuestro tutor volvía a ser don Francisco Tejada. Me dijeron que dejó el sacerdocio, se casó y desafortunadamente falleció en un accidente de tráfico. Y me pregunto qué pensaría aquella

maravillosa persona cuando escuchase todas nuestras dudas y nuestros pecados.

Verdaderamente aquel año fue extraordinario y rico en acontecimientos, pero también era como si uno se sintiese pendiente de un hilo, con la espada de Damocles sobre su cabeza.

En aquel instante el problema más serio eran las chicas. No es que desease a nadie en particular, ni tampoco en general, era más bien que enfrente tenía un misterio, una atracción hacia lo que parecía implicar el sexo femenino: un mundo abstracto de felicidad que había detrás del matrimonio y de los hijos.

El misterio seguía creciendo conforme pasaban los años. Sin embargo, y a pesar de ello, no había descartado seguir en el Seminario Mayor. En varias ocasiones me han dicho que tenía cara de teólogo, y me encantaba que me lo dijeren. Un año que solía pasear por los alrededores de Villanúa, buscando una explicación a nuestra existencia, me dijeron que pensaban que era un jesuita. Dicho de otra forma, parecía que reunía todos los requisitos para haber sido exactamente un teólogo, aunque no sé exactamente el tipo de conocimientos que se impartían en la carrera.

Una prueba objetiva de que era así, fue la contribución que hice a una parroquia de un pueblo, en el que todos los fines de semana íbamos para ser una especie de monitores de los chavales de la parroquia.

Con Maicas íbamos y lo pasábamos genial impartiendo catequesis a los chavales, y yo especialmente jugando al fútbol. Hacíamos dos bandos, yo jugaba con dos o tres contra una veintena y les ganábamos... claro... así ya podía.

Aquel año fue la primera vez que teníamos profesoras. La de francés parece que nos gustaba a varios. Eso sí, de los nuestros nadie lo declaraba. Pero los externos ya decían que tenía un buen polvo. Y yo me quedaba un tanto escandalizado por sus palabras soeces.

Uno de los compañeros más destacados durante aquel curso fue Gisbert. Tenía una moto de 125 CV., y cada día llevaba a uno hasta el Instituto Goya. Sin lugar a dudas era una bella persona, de un gran corazón. Eso sí, en el fútbol le pegaba cada patada al balón que cruzaba el campo a lo largo y casi ponía la pelota en órbita. Un año se encontraron en distintos equipos Ferrer, el que sacaba chispas cuando su bota de fútbol daba con las piedras y Gisbert. Un día le dieron los dos al balón a la vez, y creíamos que se quedaban partidos por la mitad, pero no... siguieron jugando. Me parece que ambos eran huérfanos de padre o de madre. Probablemente esa carencia les hacía ser más humildes y mejores personas. Durante todo el curso tuvimos plena libertad, salvo la hora de regreso al Seminario. Celebrábamos que se terminaba el primer trimestre, y algunos nos fuimos con los compañeros que no eran seminaristas a tomar una

mezcla dulce y explosiva llamada zurracapote. Llegué al Seminario, me tumbé en la cama y no sé por qué razón la habitación daba vueltas... ¡qué cosas más extrañas pasaban con el alcohol!

Maicas y yo acudimos dos días a un cursillo de teatro que daba el famoso Pasquín, que usaba pantalones de pana y no utilizaba prendas interiores, imagino que era lo que debía no llevar un comunista. Sólo fuimos dos días a la calle Sevilla. Lo único que hacían era girar las muñecas para fortalecerlas.

El curso siguió con sus altibajos, especialmente en matemáticas, que a pesar de ser un grupo de letras nos implantaron la asignatura como obligatoria y encima con lenguaje moderno, muy raro... los conjuntos. Estuvimos todo el año estudiando la relación de los conjuntos. Aquello me sonaba a chino. Y menos mal que el profesor, muy joven y conocido de varios discípulos nos aprobó a todos. Mientras tanto, seguía sin tomar la decisión final. Fue en el último trimestre cuando le dije a don Francisco que no seguiría al año siguiente y que la causa era que me gustaban las chicas.

Goyo me ofreció jugar a fútbol en un equipo de barrio, el Balsas, y después de pensarlo bastante, pues tenía que dejar la catequesis del pueblo, me lancé a la aventura con Simón y Sánchez, el que parecía un repipi en primer curso, el del *Ojo de Zoltec*.



Fue una maravillosa aventura. Nos íbamos los tres, corríamos como gamos, nos divertíamos sanamente y a la vuelta pasábamos por la calle Cádiz para tomarnos una cerveza negra.

Un día jugamos con enormes charcos por los laterales, y todavía veo a Sánchez deslizándose sobre el pecho a toda velocidad en el barro.

Sin duda alguna, aquello era lo mejor del mundo.

Hay influencias que cambian toda una vida en algún aspecto. A Goyo le debo haber expandido mis hábitos musicales y llegar a ser un verdadero aficionado a la música de *Pink Floyd* y *King Crimson*, además de jugar otro año más en el equipo del Balsas.

El segundo año ascendimos de segunda juvenil a primera. En la copa nos eliminaron porque fallé un penalti. Aunque había metido gol en todos los que había tirado, en aquella ocasión tenía dudas y lo fallé. No pocas veces pienso que debería haber dicho: Goyo, títalo tú. Es una pequeña pena deportiva que todavía mantengo en mi corazón.

Su amistad me ayudó enormemente como tránsito desde la vida del Seminario a la vida de la gente corriente. Como en todas las relaciones, el destino individual nos llevaría por distintos derroteros.

Después de dejar el Seminario parecía como si me hubiese lanzado al vacío. No sabía qué haría, qué

estudiaría, en dónde trabajaría, y si conocería a alguna chica. La existencia del mal comenzó a socavar mi fe en un Dios, de quien que nos habían dicho que siempre estaría a nuestro lado, que siempre nos protegería si éramos buenos. Intelectualmente, Goyo también me dio a conocer a Hermann Hesse el autor de *Siddharta* y de *El juego de los abalorios*, lo que resultó ser una tabla de salvación, un puente que llevaba hacia un nuevo conocimiento de Dios, más amplio y menos cercano al ser humano.

Todavía necesitaría mucho tiempo para resolver la paradoja de la existencia de alguien lejano a su creación y a la vez cercano a nuestro corazón, y hallar un nuevo camino hacia la luz transitoria que lleve en un punto lejano hacia las Luces que nunca se apagan.

Para encontrar la paz, todavía deberían pasar muchos años y muchas crisis.

Como diría un famoso escritor, la vida salía al encuentro.

Salir del Seminario fue dejar mi segundo hogar, y entrar en el mágico y doloroso mundo del amor, del trabajo y de la familia.

25. ¿Dónde está Dios?

Cuando salí del Seminario, de mi segundo hogar y regresé a casa de mis padres, debía comenzar una nueva vida.

Había conseguido un gran bagaje cultural y no había perdido el tren del progreso educativo. Había conseguido los frutos de una educación religiosa en la que se primaba la bondad hacia nuestros hermanos, los demás seres humanos.

Sin embargo, la vida fuera de él era un mundo en el que era necesario ser mejor que el otro. Si se prolongaba la vida estudiantil, al final había que sacar unas oposiciones para trabajar. Si se quería acceder a empresas privadas, existía la criba de la selección previa.

Y cuando se encontraba un trabajo, el esfuerzo por ser competitivo y válido en la sociedad continuaba, aunque mucho menos en comparación con la situación en el año 2017.

Así pues, el corazón amoroso que era la adquisición más valiosa para un futuro sacerdote, no sería suficiente para sobrevivir.

Asociando humildad, corazón amoroso y dificultad a la hora de encontrar un trabajo, llegué a pensar que podría ser bueno trabajar de albañil o peón sin capacitación suficiente en cualquier empresa que apa-

reciese. La sencillez de Jesús carpintero.

Mis padres se alarmaron ante tan calamitoso planteamiento, si bien nunca se sabe qué podría haber ocurrido. Una persona culta, bien preparada y con lealtad podría haber sido la mano derecha de algún constructor mediano. Todo podría haber ocurrido.

Pero pronto me di cuenta de mi error. Mi amigo Goyo también me proporcionó un trabajo temporal para trabajar en la limpieza de las rebabas de las piezas en una fundición.

Duré quince días. Muchos, porque a los dos o tres el capataz ya le había dicho a mi amigo que yo no servía para aquel trabajo.

Fue una experiencia terrible. Salía, como diría La Bullonera, deslomado. Lo peor no era el cansancio físico, lo verdaderamente terrible era que me estaba sumergiendo en un abismo de oscuridad cada vez más profundo.

Después de quince o veinte días de aspirar aire con olor y sabor a óxido, lo dejé. Todavía recuerdo la frase que yo mismo me decía: antes muerto que volver a trabajar en una fundición. No eran simples palabras. Aquello me sobrepasaba.

Continué con mis estudios de inglés y de banca. Sabía que trabajar era muy duro. En ningún caso humillante, sino que era demasiado para alguien que nunca había hecho esfuerzos físicos, salvo jugar a fútbol.

Tal vez puede parecer que me he desviado del

tema del Seminario, pero en absoluto.

Alguna creencia inculcada no se correspondía con la sociedad en la que había entrado. Debía pasar del amor a los demás, de la entrega de nuestro corazón a cambio de nada, de creer que Dios era un Ser omnipotente, omnisciente y todo bondad.

El mundo, lejos del bello hogar que representaba el Seminario, era un mundo cruel y lo que era peor, sin sentido.

Si además hubiese deducido que había que seguir sin relaciones con las chicas, la castidad, ¿cuáles habrían sido las consecuencias?

Pobreza, humildad, castidad y buen corazón no eran suficientes virtudes para aquellos que habíamos salido del Seminario.

Nosotros estábamos preparándonos para ser sacerdotes. Estábamos en el mundo, pero no éramos del mundo, como rezaba el Nuevo Testamento.

Al menos nos quedaba la inteligencia que tan bien nos habían cultivado. Estábamos preparados para seguir estudiando y adquirir conocimientos, pero en lo que correspondía al desarrollo espiritual, la evolución se quedaba detenida.

Como a todo ello había que añadir el dolor y el sufrimiento ocasionado por el mal en forma de enfermedad, el ex seminarista se veía abocado al vacío. Ni Dios era justo, ni bueno, ni sabio, ni estaba entre nosotros y tampoco se le esperaba.

En definitiva, Dios no existía. Era un invento de

las religiones. El hambre, las guerras, las enfermedades, la necesidad de trabajar para vivir... Este mundo era una porquería en lo que a Dios se refería.

Menos mal que quedaban el amor, la naturaleza, la belleza, los libros y la música.

Pero de Dios... ni rastro.

Como se decía en alguna película de guerra: tal vez exista Dios, pero se ha ido lejos.

Algún aficionado al cómic diría que El Vigilante se había ido a otra galaxia.

Nos habían enseñado a ser devotos y amantes de Dios, a ser buenos por amor a Él, a sacrificarnos por los demás, imitando a Cristo, pero en la fundición, el fuego, el hierro y el aire oxidado no perdonaban. Y la enfermedad de los seres queridos, tampoco.

¡Para qué rezar si no servía de nada!

Dios había desaparecido, se había marchado de vacaciones.

26. Hacer todo por Cristo

Seguramente he olvidado todo el catecismo y casi todas las enseñanzas que estudié a lo largo de mis primeros dieciocho años de vida, pero lo que me ha quedado como algo esencial es que el fundamento de nuestras acciones estaba en el amor a Cristo. Bajo este enunciado se sustentaban todas las demás creencias, desechando las teorías del infierno, que en nuestra época ya no estaba en boga.

El amor a Cristo se sostenía en la fe en Él como hijo de Dios. Dicho de otra forma, el amor a los demás estaba basado en la creencia inculcada de que nos había salvado de nuestro pecado original. Pecado original que había cometido la raza humana, pero no nosotros. Otro misterio. Se nos inducía a ser buenos, a tener un corazón hermoso, a hacer el bien a los demás, por amor a alguien que nos habían dicho que era un Salvador. A hacer algo basado en la fe. Las enseñanzas de Cristo estaban bien si permanecíamos en un lugar aséptico como el Seminario, pero al salir afuera, el hecho de poner la otra mejilla no era algo que ofreciese garantías de éxito. La vida misma se encargaba de borrar todas las hermosas enseñanzas que nos habían inculcado desde los siete años.

En el Seminario era sencillo hacer el bien. A mí me encantaba servir a mis compañeros. Poner la mesa en el comedor, dejar la guitarra, dejar mis pertenen-

cias... era algo natural. Nuestra bondad venía determinada por el ejemplo de Cristo y de todos los santos y santas que habían seguido su estela. Pero... ser un santo implicaba desatender las obligaciones naturales y amar tanto a los demás que nuestros seres queridos más cercanos desapareciesen de nuestro punto de visión egoísta.

Estaba muy claro que sobrevivir en la sociedad tenía sus propias reglas. Necesariamente dejar el Seminario conducía cierta clase de ateísmo temporal. Destrozada la fe en Dios, la sensación de pérdida era inevitable. Se hacía necesario encontrar un nuevo modelo de universo, descubrir una explicación razonable de lo que era la vida. Habría que descubrir de nuevo a Dios.

A pesar de haber dejado el Seminario, no renunciaba a resolver las incógnitas que en los últimos tiempos me habían acosado. Sin formular un propósito claro, tenía la intuición de que seguiría buscando respuestas a las preguntas que no había resuelto a través de la doctrina tradicional.

Así ha sido. A lo largo de la vida he realizado ciertas búsquedas, no siempre fáciles, tratando de aclarar el tema de la religiosidad y el espíritu. En el último capítulo de estas breves memorias juveniles voy a dar cuenta de algunos de los hallazgos que me han servido para responder, de una forma que para mí es suficiente, a las demandas planteadas.

27. La Luz y la Inteligencia existen

Los seres humanos deambulamos entre la tristeza y la alegría dependiendo de cómo nos traten las circunstancias de la vida. Nos podemos ver sumergidos en la niebla más densa en cuestión de segundos para resurgir esplendorosos unos días, unos meses o unos años después. Es imposible no caer en depresiones más o menos profundas. Si Cristo y Buda, dos de los Seres más extraordinarios que han existido en este pequeño y diminuto planeta, han pasado momentos de angustia y dolor, los demás humanos no podremos escapar de instantes de oscuridad.

Hay un fenómeno atmosférico que es un extraordinario símbolo de la realidad, y que conocemos muy bien en Zaragoza, la niebla.

Unos años es más pronunciada que otros, pero siempre, durante los meses de Noviembre, Diciembre y Enero, en el valle del Ebro, nos vemos sometidos incluso a treinta días seguidos de niebla y humedad.

Cuanto más densa y más baja es la niebla, hay muchas más probabilidades de que veinticinco kilómetros más allá, cuando se abandona el valle, brille el divino sol. En un momento determinado no podemos resistir el brillo de los rayos de luz mientras contemplamos el color azul del cielo. Y podemos continuar nuestro viaje en automóvil durante cientos de kilómetros sin que seamos anegados por la oscuridad. Esto

mismo ocurre en los estados de ánimo y situaciones mentales del ser humano, especialmente de aquellas personas que son místicas. Unos días perciben la alegría de un contacto con alguna parte del universo que está más allá de su propio cerebro, y otros permanecen en una terrible oscuridad porque no sienten la calidez de los rayos de su espíritu interno, y por ende de lo que pueda haber más allá de su propia conciencia.

Esta misma situación se puede extender a los pueblos, a las ciudades, a las naciones, a los continentes e incluso a un planeta. Y aunque ocurriese que un maravilloso planeta como el nuestro, repleto de sabiduría, amor, belleza, luz, ignorancia, odio, fealdad y oscuridad, desapareciese, no representaría ni siquiera lo que un grano de arena en el conjunto de todas las playas que hay en la Tierra.

Si algo hay que existe más allá del sufrimiento o del placer, más allá de las limitaciones humanas, es la inteligencia que impregna el universo. Independientemente de que las descubramos o no, las leyes universales existen. Es un conocimiento que todos debemos incorporar en nuestro acervo cultural.

En ocasiones, muy pocas, nos encontramos con pequeñas avenidas de luz que por un instante alegran nuestro difícil deambular por el mundo. Salimos de la niebla por la que todos, de una forma o de otra, estamos rodeados e impregnados, y nos visita alguna idea luminosa.

Cuanto más estudian los científicos, más profundizan en la esencia del universo. Y esa esencia es que el universo es inteligente. Todo está compuesto de diminutos seres inteligentes que modifican continuamente su comportamiento para adaptarse a los cambios externos. Nadie puede negar tal hecho, creo. Se discute sobre el origen de la inteligencia, si es consecuencia de la evolución, si ha surgido por casualidad, si existe algo que se pueda acercar a la palabra creador o múltiples creadores. Parece ser que nadie lo sabe con total certeza. Lo que sí sabemos es que existe la inteligencia. La observamos por todos los lados. Existen los automóviles, las naves espaciales, los trenes de alta velocidad, los ordenadores, los móviles, millones de creaciones literarias, musicales, artísticas... la misma Naturaleza.

Y existe el mayor enigma que nuestros extraordinarios científicos intentan desentrañar, el origen del código genético y del cerebro humano, así como la aparición de todos los organismos vivos que nos rodean. Hay ciertas preguntas que cada uno debe responderse a sí mismo, y nadie puede contestar por nosotros.

¿Se puede desarrollar un código genético porque unos microorganismos se han unido arbitrariamente? ¿Puede ocurrir que la inteligencia sea fruto de la casualidad? ¿Existe o no existe inteligencia en el universo? ¿Es independiente la inteligencia universal de la existencia del ser humano y de la Tierra?

Observando calladamente los descubrimientos astronómicos de nuestros científicos, tenemos que mirar humildemente y permanecer en silencio. Miles de miles de millones de estrellas, con sus miles de miles de millones de planetas nos dan la respuesta.

Existen algunos seres humanos que son más sabios, han conseguido más luz, y han respondido a algunas de las preguntas existenciales, pero por lógica, sería bueno pensar que por muy sabios y santos que los más preclaros de entre nosotros hayan llegado o lleguen a ser, nunca podrán abarcar, contener en sus limitadas mentes todo el universo.

Pensar que el universo entero nos contempla es ridículo. Es algo parecido a que existiese una aldea, perdida en el lugar más remoto de una selva y sus diez vecinos se creyesen el centro del planeta, que ni conocen. Incluso la comparación es muy pobre, teniendo en cuenta el tamaño del universo.

De los conocimientos que los sabios astrofísicos nos aportan no nos podemos evadir a la hora de formar nuestra propia mentalidad. No podemos pensar de la misma forma que aquellos aldeanos que vieron aparecer a diferentes conductores de rebaños.

Nuestra mentalidad debe dar un paso que nos permita dudar de las creencias instauradas por antiguos y limitados maestros.

¿O quizás deberíamos decir que el error está en la interpretación limitada que ofrecieron algunos hombres y mujeres de la enorme sabiduría que ciertos

Maestros expusieron en la antigüedad?

Los sabios y científicos siguen creando un nuevo modelo de universo, pero paradójicamente no han llegado al descubrimiento de las conciencias que puedan existir alrededor de los miles de millones de estrellas y galaxias. Cuando se dice que el universo es conciencia, es probable que no se extraigan, como norma general todas las consecuencias que se derivan de semejante afirmación filosófica.

¿Qué significa que el universo es conciencia?

Significa, en mi opinión, que miremos por donde miremos todo el universo es un lugar al que se puede viajar y con el que se puede contactar a través de nuestro propio mecanismo consciente. El universo es infinito para nosotros, y si un día los científicos constatan, algo que es evidente en la propia Tierra, que todo aquello que vemos es el soporte de miles de millones de conciencias, en ese preciso momento se habrá descubierto el alma del universo. Una afirmación filosófica nos dice que el Universo es una Conciencia sobre otra Conciencia sobre otra conciencia. Éste es probablemente el mayor reto que tienen los científicos por delante. Descubrir que la Conciencia Universal o las múltiples conciencias planetarias y estelares existen, y que los seres humanos, así como los millones de razas inteligentes que puedan existir, todos somos producto de estas Conciencias, que son las Luces que nunca se apagan. Contactar, extraer y aportar energía a la Conciencia planetaria, dentro de la

que vivimos y en la que tenemos nuestro ser, es lo que en el fondo más deseamos. Esa Conciencia Planetaria es nuestro tercer hogar. La posible existencia de una Entidad así es una gran paradoja: para nosotros puede ser algo parecido a Dios, y sin embargo no es nada respecto al universo. De la misma forma que la energía que despliega el planeta en su continua revolución es infinita para un pequeño ser humano, pero a su vez es muy poco si la comparamos con nuestro sol, y no digamos nuestra galaxia. Tal vez deberíamos decir que parece probable que existen multitud de Entidades Inteligentes, y nosotros somos sus microscópicos reflejos.

Esta es la conclusión a la que he llegado, el cierre provisional de mi experiencia religiosa, o mejor, espiritual. El Seminario fue un punto intermedio entre una vivencia tradicional de la religión, planteada en la sociedad de entonces y en la familia donde nací, y mi vida personal desde el momento en que llegué a la edad adulta y tuve que enfrentarme a las alegrías, problemas, satisfacciones y vicisitudes de la vida.

Estoy satisfecho de las metas conseguidas, aunque el camino que queda por recorrer es casi infinito.

Desde el punto de vista de la conciencia planetaria, Cristo es considerado el Corazón de la Tierra, Maestro de Maestros y 'Dirigente' del quinto Reino de la Naturaleza, o Reino de las Almas. Buda es considerado el Centro Coronario, Inteligencia y Luz. Más allá de ellos permanecen Sanat Kumara, (el

Eterno Joven), encarnación de nuestro Logos Planetario. En otros planetas, según nos indican, existen otros logos planetarios que a su vez están ‘sumergidos’ en la divina conciencia del Logos Solar, quien a su vez está relacionado con los Señores de otras estrellas.

De las personas comunes, como somos nosotros, casi nadie puede comprobarlo, pero si pensamos que la vida y la conciencia no se terminan en la Tierra, los científicos deberían extender el campo de sus estudios al mundo interno de la conciencia, además del mundo físico que tan buenos resultados está dando.

Tal y como se dice en los libros del Maestro Tibetano y Alice Ann Bailey, Cristo y Buda son hombres perfectos. Nos llevan tanta ventaja en el camino de la Consciencia Universal, que podemos considerarlos Dioses Inmortales.

Paradójicamente, para muchas personas ha muerto Dios, pero si el ser humano quiere evolucionar hacia la integración en el Alma del universo, necesariamente deberá estudiar qué hay más allá de nuestros Dioses. Mientras sigue el interminable camino, incluso el más sabio de los hombres deberá permanecer en silencio ante lo Innombrable, porque está más allá de toda capacidad humana.



APÉNDICES

FÓRMULA ANTIGUA

Dios ES. El Señor permanece eternamente firme. Sólo existe el Ser. Y nada más.

El Tiempo ES. El Ser desciende para manifestarse. La Creación ES. El tiempo y la forma concuerdan. El Ser y el tiempo no concuerdan.

La Unidad ES. El Uno que se halla entremedio surge y conoce al tiempo y a Dios. Pero el tiempo destruye a ese Uno intermedio y sólo el Ser ES.

El Espacio ES. Tiempo y espacio reverberan y velan al temerario, incólume y eternamente inmutable.

Dios ES. Desaparecen y, sin embargo, permanecen eternamente, tiempo, espacio, el Uno intermedio (con la forma y el proceso). Entonces la razón pura es suficiente.

El Ser exclama y dice... (intraducible). La muerte desmorona todo. Desaparece la existencia; sin embargo, todo permanece incólume e inmutablemente. Dios ES.

LA GRAN INVOCACIÓN

Desde el punto de Luz en la Mente de Dios,
Que afluya luz a las mentes de los hombres;
Que la Luz descienda a la Tierra.

Desde el punto de Amor en el Corazón de Dios,
Que afluya amor a los corazones de los hombres;
Que Cristo retorne a la Tierra.

Desde el centro donde la Voluntad de Dios es conocida,
Que el propósito guíe a las pequeñas voluntades de los
hombres;
El propósito que los Maestros conocen y sirven.

Desde el centro que llamamos la raza de los hombres,
Que se realice el Plan de Amor y de Luz
Y selle la puerta donde se halla el mal.

Que la Luz, el Amor y el Poder restablezcan el Plan en la
Tierra

UNIFICACIÓN

Los hijos de los hombres son uno,
y nosotros somos uno con ellos.
Tratamos de amar y no odiar,
de servir y no exigir servicio,
Tratamos de curar y no herir.

Que el dolor traiga la debida recompensa
de luz y amor.

Que el alma controle la forma externa,
la vida y todos sus acontecimientos,
y traiga a la luz el amor que subyace en todo
cuanto ocurre en esta época.

Que venga la visión y la percepción interna.
Que el porvenir quede revelado.
Que sea demostrada la unión interna.
Que cesen las divisiones externas.
Que prevalezca el amor.
Que todos los hombres amen.

ÍNDICE

Prólogo	7
Intenciones	11
Salir del pueblo	13
Vida cultural del pueblo	17
Primer contacto con el Seminario	23
Cursillo	27
Irresponsable	31
Don Jacinto	33
En el dormitorio	37
Dos clases, dos grupos de fútbol	41
Cambios en la iglesia del pueblo	49
Clase memorable de Latín	53
El día de los padres	57
La biblioteca y el salón de juegos	63
Algo sobre sexo	67
Los repetidores	73
Un domingo perfecto	77
Un extraño en el pueblo	83
Semana Santa	87
Excesivo orgullo deportivo	91
Música	97
Dos castigos dolorosos	103
Dos reválidas	107
Pillados in fraganti	113
Mosén Ceferín	117
La moto de Gisbert	121
¿Dónde está Dios?	129
Hacer todo por Cristo	133
La Luz y la Inteligencia existen	135
Apéndices	145

OBRA LITERARIA DE Q.G.M.

Los ciclos del Planeta Andria	Novela
Iniciación	Novela
Magia Blanca	Novela
Ingrid y John o Unificación de las almas	Novela escrita con María Eliana Aguilera Hormazábal (Mago Editores)
Plaza Baquedano	Antología de autores chilenos – Con María Eliana (cuentos)
Río Bellavista	Antología de autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
Parque Merced	Antología autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
El Hijo de Osiris o El hombre que amó mil corazones	Novela
Cuentos de Almas y Amor	Cuentos con Salvador Navarro Zamorano e Isabel Navarro Reynés
Nueva Narrativa	Narraciones con Salvador Navarro Zamorano e Isabel Navarro Reynés
El camino del Mago	(<i>Poemas</i> y prosa) <i>Quintín</i> & Salvador
Cerro Forestal	Antología de autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
Crónicas	(<i>Versos</i> y prosa) (<i>Quintín</i> & Salvador)
Creadores de Mundos	<i>Poemas</i>
Serpiente de Sabiduría	En formato de guión
Nueva Narrativa Vol 2	Relatos con Isabel Navarro Reynés y Salvador Navarro
Lecciones de cosas	Ensayos & <i>poemas</i> (Salvador Navarro Zamorano & <i>Quintín</i>)
La mujer más poderosa del mundo	Novela Salvador Navarro Zamorano & Quintín García Muñoz
Alma	Poesía
Telepatía y Teleenergía	Ensayo
Transmutación Humana	Ensayo
Etérea	Novela.
Atrapando la luz	Poesía
Hijo de las estrellas	Novela, fantasía.
De la Luz a la Vida	Ensayo
De amor y de odio	Novela
La clave oculta del	Novela-ensayo con Xavier Penelas Guerrero

Nuevo Testamento	
Micromundos	Novela infantil con ilustraciones.
Viaje al corazón de la Tierra	Novela
Viaje al corazón del Sol	Novela
Viaje al corazón	Novela (Trilogía que une las dos anteriores) Editorial Certeza
El alma del almendro	Cuento escrito por Francisco Javier Aguirre e ilustrado por Q.
Los limones de Mallorca	Cuento escrito por Francisco Javier Aguirre e ilustrado por Q.
Corazón con corazón	Cuento escrito por Francisco Javier Aguirre e ilustrado por Q.
Cuentos de andar por casa	Cuentos escritos por Pepe de Uña e ilustrado por Q.
Relatos del Porvenir	Relatos de un grupo de escritores e ilustradores (Editorial Nuevos Rumbos)
Latripatías	Ilustrado por José Manuel Ubé y escrito por Francisco Javier Aguirre y Quintín. Elucubraciones patafísicas en seis idiomas. ED. ONIX
El misterio de las moras	Cuento escrito por Francisco Javier Aguirre e ilustrado por Q.
Nivel 2	Colaborador y editor de la revista Nivel 2 (Filosofía Oriental)
Páginas web	www.maestrotibetano.es www.fuegocosmico.com www.revistaalcorac.es www.lacuevadeloscuentos.es www.cuentosilustrados.com

EN EL SEMINARIO

terminó de imprimirse
el 14 de Febrero de 2017,
festividad de San Valentín

